

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

EL COLECCIONISTA DE ESPANTOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

312 — Las fauces del dragón, *Clark Carrados*.
313 — La muerte juega al ajedrez, *Joseph Berna*.
314 — Horror en los estudios Filmstar, *Curtis Garland*.
315 — ¡Ven conmigo al Infierno!, *Clark Carrados*.
316 — Un abrigo de piel de hiena, *Silver Kane*.

CURTIS GARLAND

EL COLECCIONISTA DE ESPANTOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 317
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 2.233 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PROLOGO

No había salida posible, y lo sabía.

El horror estaba allí. En torno suyo. Rodeándole, asfixiándole, adhiriéndose a él como una viscosa tela de araña.

Y no podía hacer nada por huir de él. Absolutamente nada.

Estaba cautivo del monstruo. Vencido, dominado por el mismo terrorífico ser a quien había pretendido combatir en aquel alucinante duelo a vida o muerte.

Desde un principio, había temido algo así. Luchaba contra un cerebro privilegiado y terrible, una mente maestra, capaz de plantear una batalla entre seres humanos del mismo modo que el jugador de ajedrez monta y lleva a cabo su combate sobre el tablero, manejando solamente piezas blancas o negras.

En esa partida dramática, sobre el tablero de la propia vida, él era el perdedor definitivo. Lo había temido siempre, lo había sospechado en muchas ocasiones, viendo de modo inexorable que se le venía encima el desastre total y decisivo. Pero ya no podía por entonces volverse atrás, del mismo modo que tampoco ahora estaba capacitado para impedir que sucediera lo que tenía que suceder: su propio fin.

Algo en él, sin embargo, se rebeló en esos momentos. Angustiado, miró en torno, buscando un posible punto de evasión en aquella trampa mortal en que había caído torpe e ingenuamente. Una trampa tendida hábil y astutamente para que él demostrase a su antagonista lo poco hábil y lo poco inteligente que podía llegar a ser un hombre en su lucha contra un ser excepcional, contra un auténtico cerebro genial del crimen y de la maldad más inaudita.

A fin de cuentas, aquel adversario iba a salirse con la suya. De hecho, ya lo había conseguido, al llevarle a aquella situación desesperada y sin salida. Aun así, Barry Wade quería luchar.

Quería perecer combatiendo. Cualquier cosa sería mejor que quedarse allí resignado, esperando morir, esperando pasar a formar parte de la diabólica colección de horrores de una mente que fluctuaba entre la razón y la demencia, más cerca quizá de ésta que de la normalidad.

Un coleccionista...

La idea volvió a la mente de Barry Wade con la fuerza de su tremendo significado. Sí. Él había conocido a singulares y originales coleccionistas. Personas más o menos excéntricas que coleccionaban sellos, paraguas, llaveros, libros raros, programas de teatro o circo, plumas, tinteros, botellas o candelabros. Y así hasta el infinito.

Pero nadie, hasta entonces, había coleccionado a la propia Muerte en todas sus más terroríficas y siniestras facetas.

Nadie había hecho del Mal, del horror, del sadismo y de la crueldad, de la sangre y la destrucción, una galería o museo de ejemplares únicos y terribles.

Ese había sido su enemigo. Ese era aún su enemigo, su vencedor implacable. Ahora estaría sonriendo, impávido ante su horrenda colección de allá arriba, por encima de su cabeza y del sórdido techo que la cubría en aquel recinto de pesadilla, aguardando indiferente y sereno su momento. Con la frialdad propia de quien no tiene la menor prisa en llevar a cabo un acto con el que disfruta y se complace, porque ello significará un nuevo ejemplar para su colección de horrores.

Cierto que al fin iba a despejarse la grande, la terrible incógnita que tanto le había intrigado todo ese tiempo. Iba a conocer la identidad real de la persona que manipulaba los hilos de la trama, en suma, iba a ver por fin, cara a cara, el rostro del coleccionista.

Pero eso sería lo último que viese en este mundo. Se llevaría a las tinieblas eternas la respuesta al gran misterio, la solución al enigma que enloquecía a Scotland Yard como le había enloquecido a él mismo. Nadie sabría cuál era aquel rostro desconocido. Nadie conocería el nombre del coleccionista.

Sólo él. Y él estaría ya muerto. Sus labios no podrían revelar a nadie la incógnita desvelada.

Se estremeció. Un leve crujido, allá arriba, sobre la bóveda oscura de su encierro húmedo, le reveló que alguien se había levantado. Unas lentas pisadas se escucharon. Barry Wade movió sus manos esposadas, incapaces de defenderse, trató de hacer algo con sus piernas, fuertemente ligadas.

Todo era imposible. Le habían cazado. Y ahora debería pagar su error.

Las pisadas se detuvieron en un punto de la estancia situada sobre el sótano en que él estaba encerrado esperando la muerte. Chirrió una puerta en alguna parte. Luego, otra. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Pestañeó.

Un delgado rayo de luz fue visible arriba, en el extremo de la angosta escalera adherida al muro húmedo y viscoso. La leve claridad, al atravesar las tinieblas, reveló a Barry la presencia de agua pestilente a sus pies. Algunas ratas, grandes y grises, huyeron velozmente, mientras alguien comenzaba a bajar la escalera sin prisas, casi con ensañamiento en su propia lentitud.

El coleccionista.

Allí estaba. Se acercaba a él. En su mano brilló una luz que disipó más aún las tinieblas del sótano donde llegaban las filtraciones del Támesis. Era una lámpara de petróleo, de pantalla azulada. La claridad sólo reveló una silueta agigantada por la proximidad de la llama de petróleo, que baloteó grotescamente en los muros y techo, como algo dotado de vida propia, que se despegara de la figura humana a la que pertenecía.

Barry Wade tragó saliva. Forcejeó en vano, una vez más, y el agua chapoteó entre sus pies. Contempló fríamente la figura cada vez más cercana, cuya identidad era aún un misterio para él.

—Maldito asesino demente... —silabeó con voz ronca, pero que la bóveda del sótano hizo expandir fuertemente, rebotando su eco en los mojados muros —. ¿Ya vienes a ensañarte conmigo?

Una breve, apagada risa, brotó de los invisibles labios del personaje del

quinqué azulado. No hubo otra respuesta. Luego, un leve chapoteo reveló que unas botas se aproximaban a él, pisando los regueros de agua. La sombra se agrandó monstruosamente ante Wade.

Luego, de modo inesperado, la luz reveló un rostro, unas facciones ante la mirada incrédula de Wade que, atónito, solamente fue capaz de lanzar un grito ronco, una exclamación que condensaba todo su inmenso estupor ante la tremenda e inesperada revelación:

—¡Oh... No, no! ¡No es posible... que sea ésta la respuesta!

Una fría sonrisa era la respuesta. Una mirada cruel e implacable, desde «el rostro que al fin se revelaba ante él, sin necesidad de mediar palabra alguna. No hacía falta tampoco. Ahora ya sabía él quien era el Coleccionista, aunque no pudiera creerlo todavía.

Lo sabía... y eso significaba la muerte.

Por ello, quizá, mientras contemplaba larga y angustiosamente, durante unos interminables segundos, la faz de aquel ser demoníaco cuya identidad real jamás había llegado a sospechar, Barry Wade creyó ver desfilar por su mente, como en un rápido caleidoscopio, una sucesión vertiginosa de imágenes del inmediato pasado, de la espantosa y sangrienta pesadilla que ahora iba a terminar para él, y que sin embargo comenzara de un modo tan trivial, tan increíblemente simple, tiempo atrás, cuando por primera vez, sin él mismo saberlo, iba a enfrentarse al siniestro Coleccionista de Espantos, como le llamaban ya todos en Scotland Yard...

Sí. Todo había comenzado de una manera tan sencilla e imprevisible...

CAPÍTULO PRIMERO

La mirada huraña del hombre de pelo blanco situado tras la mesa despacho, se fijó en el joven con cierta frialdad nada esperanzadora.

—Y bien... ¿Usted es Barry Wade, de Cardiff? —interrogó, algo seco.

—Exactamente, señor Greeson. Barry Wade, de Cardiff.

—¿Periodista profesional?

—Por supuesto. Llevo un año en el Chronicle. Antes, estuve seis meses en plan de aprendizaje en el Sun.

—Ya. Y viene a Londres a consagrarse.

—Claro —miró casi ingenuamente al jefe de redacción del Mail, observando el sarcasmo evidente de Harvey Greeson sin que pareciese causarle mucha mella—. ¿Por qué cree, entonces, que estoy aquí?

—Sí, lo imaginaba —resopló el conocido periodista que ahora dirigía el importante cuerpo de redacción del London Mail—. Bien, señor Wade, sus referencias debo admitir que son aceptables... y sus recomendaciones excelentes.

—Lo siento. Preferiría que fuese a la inversa.

—Pero no lo es —la sequedad asomó más acentuada en la ronca voz de Greeson—. De todos modos, no lo lamente demasiado. Eso puede ayudarle mucho, cuando menos a ingresar como reportero en el Mail. Lo demás, será ya cosa suya.

—¿Quiere decir que si me admiten en la plantilla del periódico, será única y exclusivamente por mis recomendaciones?

—Exactamente. La tarjeta de presentación de lord Durham es muy importante para usted... y para mi periódico, puesto que él mismo es accionista de la empresa editora. ¿Cómo diablos consiguió tal tarjeta?

—Lord Durham iba a ser víctima de un feo asunto de chantaje por parte de unos desaprensivos. Era una sucia trampa. Yo la aclaré, desde el Chronicle, casualmente, al desenmascarar a los rufianes. Mi columna fue muy del agrado de lord Durham, que me envió, en señal de gratitud, el nombre de este diario y su tarjeta de recomendación. Pero nunca pensé que sólo eso sirviera para...

—Unas líneas escritas por lord Durham sirven para más de lo que piensa, señor Wade —dijo con acritud el periodista, escudriñando al joven reportero —. Pero no para hacer un auténtico periodista de un simple aficionado más o menos avispado. El período de aprendizaje aquí resulta muy duro. Muchos que soñaban con grandes triunfos en la Prensa, se quedaron en el camino y se rindieron.

—No da usted muchos ánimos al que empieza, ¿no? —sonrió Wade, irónico.

—Los ánimos no conducen a nada. Sólo a concebir falsas esperanzas, que la cruda realidad se cuida luego de disipar. Prefiero que entre sabiendo dónde se mete. Va a depender de mí como jefe de redacción, de Trevor Vincent

como maestro y corrector, y de Stuart Goldberg como director del periódico. Le aseguro que no le va a ser precisamente fácil sobrevivir, muchacho, pese a la buena voluntad de lord Durham. Si usted no vale, Goldberg no dudará en decírselo así a lord Durham... después de haberle puesto a usted de patitas en la calle.

—Sobreviviré.

—¿De veras? —Greeson enarcó las cejas—. O es usted un insensato, o tiene demasiada fe en sí mismo... o realmente vale lo que cree. Eso, lo dirá el tiempo.

—No demasiado tiempo —afirmó Wade, rotundo.

—¿Qué pretende decir con eso? —refunfuñó Greeson, malhumorado.

—Algo muy simple: soy impaciente. Tendré éxito enseguida. Se lo aseguro.

—Eso es una insensatez y una baladronada, Wade. No me gustan los fanfarrones ni los estúpidos. Y usted parece ser ambas cosas a la vez. ¡El periodismo, el auténtico periodismo requiere años de experiencia y de esfuerzos y sacrificios!

—Eso ha sido para usted, para el señor Goldberg y para el señor Vincent, quizá. Yo soy mucho más inquieto. No me gusta esperar, ni morirme en un rincón de aburrimiento y de hastío. Llegaré adonde me propongo, no lo dude.

—Para empezar, un reto no está nada bien, Wade.

—No es un reto, señor. Es sólo un modo de explicarle cómo soy yo.

—Un modo más bien desafortunado, muchacho.

—Quizá. O un modo que no entienden los que viven habituados a un cierto ritmo —repuso mirando tras las vidrieras del despacho de Greeson, en la redacción. Al fondo, los talleres se movían activamente, Los cajistas componían deprisa los bloques de letra de plomo. Las galeradas iban y venían de mesa en mesa. Por el tubo subían y bajaban los escritos y grabador para la siguiente edición—. Londres quizá sea una nueva experiencia para mí. Este es un gran periódico, señor Greeson. Pero no me arredra todo eso. He venido a hacer lo que sé que estoy capacitado para llevar a cabo. Y lo haré, en el menor período de tiempo posible. Es mi idea...

—¿No le asustan los problemas, las dificultades, la rivalidad, el ambiente nuevo y las barreras que va a encontrar a su paso?

—No, señor. En absoluto.

—Bien... —resopló el redactor jefe—. O es usted un insensato, o un hombre de una gran valentía. Sea como fuere, veremos si demuestra lo que dice, o todo es pura palabrería y se queda en el camino. Puede estar seguro de que ni yo ni nadie le facilitemos las cosas. Tendrá que hacerlo todo por si misino, ¿entendido?

—Nunca esperé otra cosa, señor Greeson —sonrió afablemente aquel desconcertante joven llegado de Cardiff sólo veinticuatro horas antes.

—Bueno, pues ya está todo hablado —manifestó bruscamente el redactor jefe con un ademán—. Mañana le entregaré su credencial. Eso le abrirá

algunas puertas, pero no muchas. La gente en Londres no simpatiza demasiado con nosotros, los periodistas. Y menos aún con los que son demasiado jóvenes y demasiado audaces. Ya está avisado. Ahora, vaya a aquella sala y ocupe la mesa vacía, junto a las cajas de componer. Es el único sitio vacante que queda en la redacción. No es nada cómodo, pero no hay otro. Pertenecía a otro joven como usted, que pensaba ser el mejor periodista del país. Creo que ahora trabaja de escribiente en una oficina de mala muerte, y se ha olvidado de sus gloriosos sueños de gran reportero...

—Muy alentador —rió irónico Wade—. Ocuparé ese sitio, señor. Yo no me quejo nunca de las condiciones de trabajo Lo importante es el resultado del mismo.

—Eso está bien —la mirada de Greeson se dulcificó un tanto ahora—. Es lo único agradable que he oído desde que entró por esa puerta.

—No me diga que no sería agradable para el Mail que uno de sus reporteros, aunque fuese el más joven e inexperto, les trajese la noticia del año.

—Por supuesto. Pero no se haga ilusiones. La «noticia del año», como usted dice, acostumbra a firmarla siempre Trevor Vincent, nuestro mejor periodista. Olfatea el suceso como nadie. Y es un escritor brillante y sensacionalista. Eso es lo que gusta al lector del Mail. Lo que nos da la mejor tirada de los periódicos de Londres, exceptuado el Times.

—¿De modo que él será el rival a vencer?

—No hable así de Vincent. Es un genio del periodismo. Y usted dependerá de él más o menos directamente, porque no tengo otra cosa en qué ocuparle que no sea la misma que él cubre.

—¿Los sucesos?

—Exacto. Los sucesos. Lo que más conmueve a nuestro público. Esté seguro de que jamás podrá «pisar» una información importante a Trevor Vincent. Tendrá que conformarse con las migajas durante muchos años. Eso será malo para usted, pero quizá si lo resiste haga de su persona un buen periodista. Rebajará sus humos y su altanería, y le hará ver la realidad de las cosas. ¿Sigue decidido a intentarlo?

—Más que nunca, señor —asintió Wade con energía—. ¿Puedo ocupar ya mi puesto?

—Claro. Vaya y siéntese.

—Y aparte de sentarme, ¿qué más debo hacer?

—De momento, sólo eso. Los demás compañeros le llevarán algo de trabajo. Rutina, claro. Galeradas a corregir, la redacción de algún pie de grabado, y cosas así. Estamos intentando publicar buenas fotografías, aunque los fotógrafos buenos no abundan, y sus obras menos aún. Así deseamos terminar con la vieja moda de los grabados y dibujos de artistas, aunque no se puede renunciar del todo a ese modo de ilustrar el diario.

—Es una buena idea, pero muy costosa y difícil. He visto algunas fotografías reproducidas, y siempre resultan borrosas y torpes.

—Se está progresando en ese terreno. Bien, dejemos todo eso. Vaya a su tarea.

—Sí, señor —se detuvo en la puerta—. ¿Será igual todos los días?

—De momento, sí. Días, semanas, meses... Nunca se sabe, Wade. Es lo que le dije antes. Primero necesitará una oportunidad. Luego, demostrar que realmente sabe aprovechar esa oportunidad.

—Entiendo —asintió Wade, ya fuera del círculo de vidrio de su nuevo jefe —. Bien, señor Greeson. Hasta luego.

Caminó hacia la mesa indicada con paso rápido y ágil. Muchos nuevos compañeros, a su paso, alzaron la cabeza, contemplándole bajo sus viseras de celuloide. Hubo sonrisas e ironía entre ellos ante el recién llegado novato, uno más en la eterna carrera de los que pretendían llegar a la cumbre, cargados de sueños imposibles.

En su despacho, Harvey Greeson se frotó el mentón, pensativo, sin desviar su mirada de la figura alta, ágil, nerviosa e inquieta, del joven de cabello castaño y facciones agresivas y varoniles que acababa de abandonar su oficina.

—Me pregunto si será uno de tantos... o realmente piensa conseguir lo que se propone —gruñó—. Lo desearía por él, pero no debo darle esperanzas. Tendré que ser extremadamente duro con Wade. Y eso que aún no sabe lo que Se espera, cuando tenga que vérselas con Trevor Vincent en persona...

* * *

Aquél era Trevor Vincent.

Alto, seguro de sí mismo y de fría mirada gris, podía tener cuarenta o cuarenta y dos como máximo. Pero su físico era arrogante y tensa una vitalidad juvenil. Vestía elegantemente, en tonos grises de modo preferente, y llevaba las patillas largas y bien recortadas, a la moda.

Se quedó mirando a Wade con aire distraído, cuando se vieron por primera vez en la sala de redacción del Mail, y le tendió la mano casi displicente, cuando Greeson mencionó su nombre.

—Espero que seas digno del periódico donde trabajas —se limitó a decir secamente, dándole en realidad tanta importancia como podía habérsela dado a un insecto posado sobre la mesa—. Pero este oficio no es fácil, muchacho, y pronto vas a comprobarlo por ti mismo.

Luego, se alejó, entregando unas hojas manuscritas al cajista, que las acogió con aire deferente, asintiendo a todo lo que le decía Trevor Vincent, maestro de periodistas. Aquel era el artículo que iba en primera página de la siguiente edición, según se enteró Wade, y hablaba de un escandaloso asunto de la alta sociedad londinense, en el que se mezclaban el robo de unas valiosas joyas y el suicidio de un aristócrata.

Algo que iba a llenar de sensación a los lectores del Mail. Y que, naturalmente, reportaría magníficos beneficios a la empresa editora.

—Es un genio —oyó comentar a alguien—. Sólo un hombre como Vincent hubiera podido conseguir esas confidencias para el periódico. Va a ser una auténtica bomba informativa.

Barry Wade no hizo comentario alguno. Regresó a su mesa, sin sentir envidia de ningún género hacia Vincent, su gran rival a vencer, en la carrera por la fama y el éxito. Pero preguntándose a sí mismo si él, pese a su propia fe y seguridad, sería capaz algún día de conseguir algo parecido.

Cierto que lo primero era la oportunidad, y ésta podía no presentarse nunca, pero el reportero no puede quedarse sentado ante una mesa, rellenando pies de grabados o redactando titulares, a la espera de que la noticia llegue a él. Allí metido nunca haría nada, a menos que el periódico ardiese o hubiera un crimen en la redacción, cosa bastante improbable.

—En, muchacho, ¿has visto la talla real de Vincent? —le preguntó otro compañero, con sonrisa burlona—. El día que alguno de nosotros le llegue siquiera a las botas, habrá motivos para felicitarse. Es un verdadero sabueso de la noticia.

Realmente, así lo parecía. El Mail tuvo que hacer hasta tres ediciones sobre la información del escándalo social en Mayfair. Los ejemplares se vendían como si fuesen manuscritos auténticos de Shakespeare a precio de saldo.

Y él continuaba allí, en su mesa, redactando aburridos comentarios de aburridas noticias rutinarias, o poniéndole un pie a borrosas fotografías y grabados que posiblemente nadie miraría siquiera.

Su moral empezaba a resquebrajarse, cuando conoció a Vanessa Lovern.

* * *

—Soy Vanessa Lovern. El redactor jefe, Greeson, me indicó que usted recogería los dibujos para el grabador, y les pondría el pie correspondiente a cada uno, una vez leídos los dos primeros capítulos del serial...

Tardó en responder. Antes, contempló larga y pensativamente el bonito óvalo de aquel rostro femenino, enmarcado por dorados y suaves cabellos, de grandes ojos azules, boca carnosa y naricilla breve y algo respingona. Era una criatura realmente turbadora. No tendría más de veinte o veintidós años, vestía con sencillez y elegancia, en tonos malva, y poseía evidentemente una figura tan esbelta como bien moldeada.

La turgencia de sus jóvenes senos era suave pero llamativa.

—Pues... sí —admitió finalmente—. Es cierto, señorita. Yo me ocuparé de esto.

—Mi nombre es Vanessa. Vanessa Lovern —dijo ella.

—Yo soy Barry Wade, redactor nuevo en el periódico. Procedo de Cardiff, señorita Lovern. El señor Greeson me dijo que llegaría un escritor con unos dibujos y unos capítulos de una obra que vamos a publicar en forma de folletón encuadernable, pero no me dijo...

—¿Que fuese una mujer? —ella rió suavemente—. Ocurre con frecuencia.

Los que me conocen bien, olvidan informar a los que no me conocen, acerca de mi sexo. Pero yo soy quien escribe y dibuja esos libros.

—¿También es dibujante? —se sorprendió Barry.

—También —le señaló los dibujos para grabar—. Todos ellos son míos.

Barry los examinó. Alzó los ojos hacia ella, que sonreía.

—Son excelentes —aprobó—. Realmente buenos.

—Gracias. Hay gente que los encuentra demasiado dramáticos. Pero tienen que serlo. Mis obras tratan de temas criminales famosos. No puedo dibujarlos como los de un folletín amoroso.

—De modo que escribe sobre crímenes...

—Casi siempre. Tragedias reales. He publicado ya tres libros. Este será el cuarto. Lo publicarán íntegro cuando hayan aparecido todos sus capítulos en el Mail. Mi editor, el señor Pembroke, es socio de lord Durham.

—Oh, entiendo. Me gustaría leer uno de sus libros.

—No lo haga. Son horribles —ella se echó a reír de buena gana—. Se venden bien, porque a la gente le gusta la crónica negra. Mi última obra publicada fue sobre los crímenes de otoño de Jack el Destripador, en Whitechapel. Los lectores de este género son morbosos. Agotaron la edición. El que empezaré a publicar ahora, trata sobre la pareja de novios asesinos de Yorkshire. Un tema horrible y sangriento, como no debe ignorar.

—Leí algo sobre ello en Cardiff —asintió Wade—. Nunca pensé que una joven tan encantadora pudiera especializarse en escribir obras sobre temas así.

—Pues ya ve como son las cosas a veces —ella hizo un gesto divertido—. En Londres terminará por no extrañarse de nada, amigo mío.

—Sí, eso es lo que estoy empezando a creer —admitió Barry con un suspiro. Luego, miró su reloj de bolsillo y se puso en pie, tomando su levita de un perchero inmediato—. Son las doce, señorita Lovern. Mi hora de almorzar y tener un descanso en el trabajo. Regreso aquí a las dos, para no salir hasta las nueve de la noche, si no me toca guardia en la redacción, en cuyo caso ceno aquí y permanezco hasta el amanecer. Esa clase de trabajo es la que yo hago por ahora en el Mail.

—¿No está satisfecho de él?

—Claro que no —susurró él, poniendo en orden los papeles y guardando el manuscrito y los dibujos de Vanessa Lovern en una gaveta de su mesa—. Pero debo conformarme de momento. ¿Puedo acompañarla a alguna parte? Cuando regrese, trabajaré en su manuscrito y dibujos...

—Yo también tengo que almorzar ahora —sonrió ella inesperadamente—. Frente al Mail hay dos restaurantes: uno, el que frecuentan los periodistas y personal de esta redacción. El otro, al que sólo van contados periodistas, y resulta más selecto. ¿Qué le parece si almorzamos allí? Es más caro pero yo le invito, si quiere acompañarme.

—Señorita Lovern, me quejé de mi trabajo, no de mi dinero —se mostró ofendido Wade—. No soy rico, ni mucho menos, pero puedo permitirme el lujo de invitarla a comer en el Golden Swan, esté segura de ello.

Y en el Golden Swan almorzaron Wade y la escritora juntos en una pequeña mesa situada ante el ventanal que asomaba a la Calle de la Prensa, como todos llamaban en Londres a Fleet Street.

Las miradas de estupor de Trevor Vincent, el maestro de periodistas, y del propio Stuart Goldberg, director del Mail que almorzaban en una mesa inmediata, fue una de las mayores alegrías para Barry Wade, mientras él y ella reían jovialmente, haciendo triviales comentarios de muchas cosas.

Ostensiblemente, cuando Vincent y Goldberg penetraron en el coquetón y confortable restaurante, vecino al modesto local donde acostumbraban a tomar sus consumiciones los reporteros y personal del periódico, no había satisfacción ni buen humor en sus rostros, a pesar de que hicieron una cortes inclinación a Vanessa Lovern y un breve y seco saludo al propio Wade.

—Parece que no les ha gustado mucho coincidir con nosotros aquí —comentó ella agudamente, apenas campanilleó la puerta al cerrarse tras ellos.

—No les ha gustado coincidir conmigo aquí —rectificó suavemente Barry Wade, tomando un sorbo de su jarra de cerveza—. Al parecer, se creen superiores en todo, y les disgusta ver a un inferior en sus habituales sitios de reunión

—Eso es ridículo. Usted tiene tanto derecho como los demás, siempre que pueda pagarse ese gusto.

—En teoría, sí. La práctica es muy diferente.

—Barry jugueteó con el tenedor, en tanto el camarero retiraba sus tazas de sopa y pasaba a servirles la carne asada, con guarnición de verduras—. Lo cierto es que he venido a Londres con ciertas pretensiones, y eso no les ha gustado mucho. Prefieren la humildad.

—Se puede ser humilde, sin ser servil. Creo que es muy legítimo que usted tenga aspiraciones, grandes aspiraciones, además. ¿Por qué no? Es joven, acaba de llegar a esta ciudad y sueña con éxitos profesionales. Es tan legítimo como hermoso. Cuando yo tenía dieciocho años y quena ser una famosa escritora, mis amistades se reían de mí y mi familia me miraba compasivamente. Ahora, a los veintidós años, he logrado lo que me propuse, mi familia ve con asombro mis ingresos anuales, y mis amistades aún no han salido de su estupor inicial. Sin afán por llegar a algo, jamás hubiese hecho nada, estoy segura de ello.

—Gracias por hablarme así. —Barry la miró realmente conmovido y agradecido—. Me ha hecho mucho bien con esas palabras. Ya casi había empezado a avergonzarme de mí mismo, sentado en la mesa de aquella sala sombría y ruidosa, escuchando siempre las máquinas, oliendo a tinta y a plomo. No es ese el periodismo que a mí me gusta. Creo que la calle es el mejor sitio de trabajo para alguien que ame esta profesión.

—En efecto. Así es, Wade —asintió Vanessa, pensativa—. Para escribir el libro sobre El Destripador, no recurrí a la prensa amarilla en ningún momento. Todo lo obtuve a través de Scotland Yard y de los propios vecinos de Whitechapel, desde las prostitutas hasta los mendigos, pasando por los

borrachos y los matarifes de la zona. Me costó un gran esfuerzo, pero mi relato es algo vivo, no un compendio de datos y fechas, para aburrir a la gente. Mi actual obra, se basa en todo cuanto he obtenido en un viaje de dos meses por el Yorkshire, siguiendo la pista de los acontecimientos que hicieron tristemente célebres a la pareja de novios asesinos. Y termino el libro con una entrevista con el verdugo que los ejecutó en Newgate. Así concibo yo el periodismo, se haga en libro o en un diario.

—Dios la bendiga, señorita Lovern, por haber venido hoy al periódico —murmuró Wade, sonriendo—. Creo que nadie me ha comprendido mejor... ni nadie la entenderá a usted mejor que yo... aparte de admirarla como mujer y como escritora.

—Es muy amable, Wade. Y no vuelva a llamarme de ese modo tan ridículo: Somos jóvenes y somos compañeros. Eso debe bastar, aparte de que tengamos las mismas ideas sobre muchas cosas. Para usted, yo soy solamente Vanessa, una amiga y compañera. Y estoy segura de que muy pronto, en cualquier ocasión, de un modo quizá puramente casual, se encontrará con su noticia. Entonces, trate de aprovecharla al máximo, no se deje pisar por nadie, ni siquiera por el todopoderoso Trevor Vincent. ¿De acuerdo, Wade?

—De acuerdo —asintió él, alzando su jarra de cerveza—, Por esa soñada ocasión, Vanessa... si se presenta alguna vez.

—Se presentará —sonrió ella, alzando su copa de vino rojo—. Y muy pronto, estoy segura de ello...

Vanessa Lovern hubiera servido para adivinadora del porvenir, aunque en ese momento Barry Wade ni siquiera lo imaginó así.

Los hechos ocurrieron tal como ella había predicho. Y no tardaron mucho. Justamente al día siguiente, cuando Barry hacía su guardia nocturna en la redacción del Mail, empezó todo para él...

CAPÍTULO II

Era la noche en que ejecutaban en Newgate a un famoso asesino.

Había cometido más de seis asesinatos antes de ser capturado y juzgado. Esa madrugada, el culpable subiría los escalones del patíbulo, para ser ahorcado por sus delitos. Trevor Vincent no podía faltar a un acontecimiento semejante, que en la edición vespertina ocuparía la primera página al día siguiente.

Esa noche, precisamente, le tocaba guardia en la redacción a Barry Wade. Era un turno rotatorio, que inevitablemente le tocaba a él cada nueve días. Solamente se ocupaban de ello los reporteros de última fila, porque rara vez sucedía nada en las horas de la madrugada que pudiese alterar el ritmo previsto en las ediciones del diario.

Dentro del local, en noches así, sólo quedaban el viejo conserje y el redactor de turno. Esta noche no era una excepción. El conserje acababa de pasarle un café caliente, y Barry leía las galeradas del siguiente capítulo del folletón de Vanessa Lovern sobre los crímenes del Yorkshire, para ir redactando los pies de los dibujos ya grabados.

La noche era lenta en su transcurrir cuando no había novedades. Barry miró su reloj una vez más, aunque tenía allí el de la sala de redacción. Pero éste acostumbraba a ir bastante atrasado, y se fiaba más del suyo propio.

—Solamente las doce y media... —suspiró—. Faltan todavía tres horas y media para que entre el turno de la mañana...

Iban a ser tres horas y media muy largas, pensó Barry, tomando un sorbo de café y disponiéndose a hacer cualquier cosa para matar aquel tiempo, una vez hubiese terminado con la tarea en el manuscrito de Vanessa.

Fue entonces cuando el conserje apareció de nuevo en la puerta de la sala, y se le quedó mirando, para informarle después, vacilante:

—Hay una visita, señor Wade...

—¿Una visita? ¿Ahora? —Barry enarcó las cejas asombrado—. ¿Para quién?

—Para el periódico. Para nadie en particular, ¿entiende? Sólo para el periódico.

—¿Qué clase de visita?

—Una mujer. Una mujer joven... y algo rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—En muchos —el conserje sonrió maliciosamente—. Tal vez esté ebria, pero no huele a alcohol su aliento, y de eso entiendo yo mucho. Lo cierto es que dice cosas raras, y se comporta extrañamente. Nadie visita un periódico a estas horas.

—¿Ha dicho lo que quiere, exactamente?

—Sí. Hablar con el que esté aquí. Con quien sea. Necesita hablar con urgencia. Antes de que sea demasiado tarde. Esas han sido sus palabras.

—Vaya... —Barry golpeó con su lápiz, repetidamente, la superficie de su mesa—. ¿Le ha dicho que no hay nadie, salvo un redactor de guardia?

—Por supuesto, señor Wade.

—¿Y qué dijo ella?

—Que era igual. Que usted mismo podría recibirla y escucharla. Parece realmente preocupada, como si algo la asustase.

—Está bien —suspiró—. Hágala pasar.

—¿Está seguro que quiere verla? —dudó el conserje.

—Sí, la veré. Después de todo, eso me entretendrá un poco más. Que venga aquí mismo. Y traiga más café, por si ella acepta.

—Como quiera, señor Wade. Pero yo que usted no me fiaría demasiado de lo que ella diga. Ya le advertí de que hay algo raro en esa mujer, aunque no esté bebida.

—Eso ya lo juzgaré yo mismo. Por favor, hágala entrar y traiga ese café.

El conserje se ausentó, meneando la cabeza, para regresar momentos después guiando a una mujer realmente pintoresca, como muy bien dijera anteriormente.

Era joven, eso sí, aunque quizá no demasiado. Rozaría ya la treintena, pero era obvio que pretendía aparentar muchos menos. Iba muy maquillada, vestida estridentemente, de rojo y negro, en satén. Lucía un escote enorme, que dejaba ver casi en su totalidad los grandes pechos bailoteando en su encierro, y unas caderas acentuadas, como un ánfora. El cabello rojizo era teñido, y los labios, muy carnosos, iban pintados de un rojo brillante, casi violento.

Parecía una prostituta. Y sin duda, lo era. Un bolso de seda negra colgaba de su brazo desnudo, en el que tintineaban varias pulseras de plata. Caminó resueltamente a través de la sala de redacción, y se detuvo delante de la mesa de Wade con soltura. Unos ojos claros, grandes y sombreados, se fijaron en él, casi agresivos.

—Buenas noches —saludó—. ¿Es usted el redactor de guardia del Mail?

—Exactamente. Yo soy. —Es muy joven —pareció desconfiar. —En efecto —sonrió Barry—. Siempre es agradable que charlemos personas de parecida edad, ¿no, señorita?

Había tocado su fibra sensible. Ella se sintió halagada, porque Barry, al menos, tendría cuatro o cinco años menos que ella.

Asintió, inclinándose hacia él, y Wade temió por un instante que los grandes pechos salieran de su refugio para golpear la mesa. Pero de momento no sucedió nada, aunque el campo visual aumentó considerablemente.

—Sí, eso sí —asintió con su voz algo desgarrada, propia de las mujeres de su clase. Ahora sabía Barry por que el conserje la consideró «rara»—. Mi nombre es Molly, Molly Nichols.

—Bien, señorita Nichols, siéntese —invito Wade—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—En lo primero, en no llamarme así. Prefiero mi nombre. Me gusta ser

sólo Molly. Sobre todo, para los chicos de mi edad —sonrió guiñándole un ojo.

—Bien, Molly. A mí puede llamarme Barry. Mi nombre es Barry Wade y trabajo de redactor de noche en el Mail, ¿Un café?

—Sí, gracias —asintió ella—. Me irá bien. Yo apenas bebo. No soy de ésas. Creo que una mujer, aunque espere en un local para ir a acostarse con un hombre, no necesita obligatoriamente emborracharse.

—Claro que no. Me alegra que no beba, Molly. Eso quiere decir que no ha venido aquí a contar fantasías.

—Por supuesto. Me gusta que me entienda la persona con quien hablo. Y usted es de ésos, Barry. Un buen muchacho, lo juraría.

El conserje llegó con el café, pareció que iba a quedarse, pero una mirada de Wade le hizo alejarse, saliendo de la amplia sala. Ella miró en torno, curiosa.

—Esto es muy grande —comentó—. ¿Estamos completamente solos los dos?

—Por completo. El conserje y yo ocupamos el edificio. A las cuatro será diferente. Entran los redactores del turno matinal.

—Las cuatro... —suspiró mirando el reloj—. Entonces puede ser ya muy tarde.

—Muy tarde, ¿para qué? —indagó Wade, inclinándose hacia su singular visitante.

—Muy tarde para evitar el asesinato —dijo ella con brusquedad.

Asesinato.

Era la palabra que ella había empleado. Barry Wade la miró largamente, golpeándose el mentón con su lápiz. Observó que Molly lucía un lunar en forma de estrella, sobre su seno izquierdo. Encima de la profunda canal entre ambas esferas carnosas, bailoteaba de vez en cuando una pequeña cruz colgada de una cadenita.

—¿Ha dicho... asesinato? —repitió lentamente.

—Sí —los ojos azules de ella, rodeados de sombras artificiosas, le contemplaron atentamente—. ¿No me cree?

—¿Por qué no voy a creerla? —Barry cuido de borrar cualquier apariencia de escepticismo con rapidez—. Cuénteme eso. ¿Qué asesinato hay que evitar?

—No lo sé.

Wade enarcó las cejas. Iba de sorpresa en sorpresa. Ella quizá no bebía. Pero podía estar chiflada.

—Temo no entenderla... —manifestó.

—Cree que estoy loca, ¿no? —rió ella burlonamente—. Resulta difícil creer que yo sepa que van a matar a alguien, y no pueda decirle dónde ni cómo. Pero si cuando.

—Bien. ¿Cuándo?

—Esta misma noche. De madrugada. Antes de que termine la noche, alguien morirá. Sólo sé que será una mujer.

—Una mujer... —Wade hubiera querido tomarlo a broma. Pero algo interiormente le dijo que no lo hiciera: y no lo hizo. Su tono era serio cuando indagó—: ¿Por qué cree que va a suceder algo así?

—Porque tiene que suceder. Lo sé.

—Siempre mucre alguien en una noche, en una ciudad como Londres. Por tanto, seguramente acierta. Pero si publicáramos eso en el periódico, nuestros lectores lo tomarían a broma y se burlarían de nosotros.

—La noticia de esa muerte, la publicarán cuando se haya producido —dijo Molly muy seria—. Para eso no hace falta que yo venga aquí a referirles nada. Lo que quiero es que eviten que ello suceda. Se puede evitar, si se sabe que una mujer va a ser asesinada en las horas que faltan para la mañana.

—¿Por qué no ha ido a contárselo a la policía? Ellos si pueden hacer mucho por evitarlo, pero nosotros...

—La policía no admitiría mi denuncia. Me tomarían por loca. Usted, al menos, duda. No sabe que pensar. Va es algo.

—Me temo que no sea mucho para lograr algo positivo. Aunque se produzca ese crimen y yo publique mañana la noticia de su premonición, ¿qué habremos ganado? Virtualmente nada. Todos dirán lo mismo: que siempre muere alguien en Londres, > no hace falta ser un vidente para saberlo.

—Pero es que yo si soy vidente — manifestó ella con sequedad.

Barry la miró, pensativo. Ciertamente, no sabía qué pensar sobre aquella prostituía que se decía vidente y predecía un asesinato. Si aceptaba la noticia, tal vez Goldberg le pusiera de patitas en la calle, después de haber sido el hazmerreír de toda la redacción.

Trató, sin embargo, de apurar más los datos de aquel confuso asunto.

—Supongamos que está en lo cierto, Molly. ¿No tiene más datos que darme? ¿Por qué se cree vidente?

—Porque ya me anticipé al otro asesinato. Lo vi ames de producirse...

—¿Lo vio? ¿Otro asesinato? ¿Cuál?

—Tiene que recordarlo. Susan Parks. Blackfriars. Hace diez días. La degollaron. Luego...le sacaron los ojos. Vaciaron sus órbitas, ¿recuerda?

Wade tuvo un escalofrío. Asintió, meditativo. Luego abrió un cajón de su mesa y buscó en un montón de diarios atrasados. Extrajo uno y lo extendió sobre la mesa. La luz del quinqué de petróleo se derramó, dorada, sobre el papel y sus grandes titulares:

HORRIBLE CRIMEN EN BLACKFRIARS.
PROSTITUTA JOVEN, ASESINADA Y MUTILADA.
EL ASESINO LA DEGOLLO Y VACIO SUS OJOS.

Era la noticia escueta. Los detalles los revisó con rapidez citándolos en voz alta:

—La chica iba sola hacia Queen Victoria, procedente del Puente de Blackfriars, cuando fue asaltada por alguien. Unos estibadores del rio oyeron

sus gritos de angustia y de dolor. Cuando acudieron, era tarde. Le habían degollado limpiamente con un arma muy afilada y diestramente usada.

Pero eso no era lo peor. Sus cuencas vacías, chorreaban sangre. Le habían extraído los globos oculares con rara limpieza. Como si su asesino y mutilador fuese un cirujano experto. Se halló el reguero de sangre que marcaba la trayectoria de los ojos, extirpados, en manos del criminal, pero sólo durante cosa de dos yardas o tres. Luego desaparecía, allí donde se veían huellas de un carruaje que sin duda esperó, parado, a que se cometiera el delito, para huir después. No se halló rastro alguno del carruaje ni de su ocupante. El crimen quedó sin resolver. La chica se llamaba Susan Parks, tenía veintiocho años, y ejercía la prostitución en una taberna de Blackfriars Road, al otro lado del río, llamada The Green Lion. Todos los testigos coincidieron en el hecho de que la muchacha abandonó el local sin la compañía de nadie. Y eso es todo...

Alzó la cabeza, mirando a su visitante, que parecía extasiada por algo, como recordando detalle a detalle los sucesos de aquella trágica noche. De pronto, habló con voz sorda, preocupada:

—Y yo lo sabía. Lo supe en todo momento, antes de suceder. Fui a la policía en esa ocasión, y les advertí. Les di detalles. No me hicieron caso. Se burlaron de mí y me enviaron a casa con malos modos. Supongo que luego pensarían que todo eso era una simple casualidad...

—Un momento. Dijo que les dio detalles. ¿Qué detalles eran ésos, Molly?

—Bueno, los únicos que tuve en mi visión —suspiró ella, contemplándole —. La mutilación de los ojos, la proximidad del río, el carruaje negro, un fiacre...

—¡Espere! —Excitóse Wade de repente, echándose hacia adelante—. ¿Quiere decir que usted mencionó el hecho de los ojos extirpados, la vecindad del Támesis en el lugar del suceso... y la naturaleza exacta del coche, un fiacre negro?

—Sí, eso es.

—Pero aquí no menciona si el coche era un fiacre, un calesín o cualquier otro estilo de carruaje...

—Muy cierto —asintió ella roncamente—. No se dijo nunca. Pero yo lo sé.

—Cielos... — Wade se frotó con un pañuelo la frente. Estaba sudando, pese a que más bien era fría la temperatura en la redacción, a aquellas horas de la noche—. ¿No volvió luego a la policía, para recordarles su denuncia?

—¿Cree que me hubiera servido de algo? Ellos hubiesen pensado que yo sabía algo y me hubieran metido en la jaula. No, querido, no me gustó la idea en absoluto. Preferí no volver por el Yard.

—¿A qué hora denunció usted ese suceso, Molly?

—Debían de ser las ocho... No, las ocho y media, creo recordar. A las nueve ya estaba yo cenando cerca del Yard, en una cantina de Oíd Queen Street. Y la entrevista con el superintendente Wilcox y el inspector Colman fue muy breve. Desgraciadamente breve e inútil para salvar la vida de aquella

desgraciada...

—Dios mío, el crimen se cometió, según el forense, a las dos de la madrugada de ese día —consultó Wade de nuevo el periódico—. Eso significa que usted se adelantó en casi seis horas a los acontecimientos...

—Sí, eso creo —admitió ella modestamente.

—Por favor, Molly, piense bien antes de responderme a esto: ¿le ha ocurrido otras veces algo parecido? ¿Es capaz de adivinar el porvenir, de anticiparse a los acontecimientos?

—Sólo en ciertas ocasiones. Pero sí, desde niña tuve esa facultad. Intuí la muerte de mi padre, aplastado por unos fardos en el muelle, el día antes de ocurrir. Le pedí que no fuese a trabajar ese día, pero se rió y no me hizo caso. Una grúa cedió, y le cayó encima un montón de cajas y fardos de casi una tonelada de peso. Murió en el acto.

—Molly, usted ve detalles como ese de los fardos, o la mutilación de Susan Parks, o la proximidad del río... o la naturaleza del coche que llevaba el asesino. Ahora, trate de concentrarse. Si su bendita facultad es cierta, ¿no puede vislumbrar en qué circunstancias, cuando menos, va a suceder ese nuevo crimen que usted presagia para esta madrugada?

—Espere... —cerró sus ojos, empezando a respirar fatigosamente, como una médium en una sesión de espiritismo. Sus manos se crisparon sobre su falda crujiente, color rojo vivo. En el escote, los potentes senos subían y bajaban, rítmicamente. Por fin empezó a hablar—: Veo... veo a una muchacha También es joven. No, no es una fulana, como Susan Parks o como yo. Viste elegantemente. Con sobriedad. Lleva algo así como una capa oscura. Y una diadema. Si, una diadema en los cabellos. Puede que sea buena, de diamantes. No sé El asesino acecha... ¡Ella está muriendo! Sangra mucho, pobre criatura... Mucha sangre, sí... ¡Espere! Veo... veo el fiacre negro. Se lleva algo... Ha cortado algo del cuerpo de la muchacha. Es... ¡es un pecho! ¡Un seno de mujer redondo y blanco...! ¡Cortado limpiamente, como segado del torso!... Dios mío no...

Agitada, abrió los ojos. Temblaban sus labios cubiertos de rouge. Sobre la capa de maquillaje de su rostro había una fina película de transpiración que daba brillo a la piel. Hundió la barbilla sobre sus pechos prominentes y agitados. Wade observó que había palidecido mucho.

—Dios sea loado... —jadeó el joven periodista, sin saber qué hacer ni qué decir. Arrojó su lápiz sobre la mesa y apremió a la joven prostituta—: Un último detalle, si le es posible verlo... ¿El río... también está cerca?

—¿El río? —ella pestañeó, se agitó. Luego, negó con la cabeza vivamente —. No, no he visto nada. Ni puentes, ni agua... Sólo algo frondoso, verde...

—¿Un jardín, un parque? —indagó Wade, tenso.

—Podría ser. Más bien un parque... Era un lugar grande, oscuro. Había edificios algo alejados. Sí, era así... Así va a suceder, estoy segura...

—Serénese —le ofreció otra taza de café, se incorporó y puso una mano sobre el hombro desnudo de la mujer—. Vamos, Molly, tiene que calmarse.

Ya me ha contado suficiente Si ocurre algo así, le prometo que tendrán que escucharla, que habrán de aceptar lo que dice. Dios mío, un seno mutilado... y antes unos ojos. Es espantoso. No logro entenderlo...

Ella le miró patéticamente. Sus ojos claros brillaban.

—Pero ¿es que... es que me cree, Barry? —musitó.

—Claro que la creo. Tengo que creerla. Si nada ocurre, habrá sido una falsa alarma. Lástima no saber dónde va a ocurrir exactamente... Hubiera sido demasiado esperar de sus dotes asombrosas, Molly.

—Sí, supongo que sí. Me esforcé cuanto pude, se lo aseguro. No pude ver más.

—Ahora es ya la una —dijo Wade consultando su reloj—. ¿Qué piensa hacer al salir de aquí?

—Ir a mí casa. Alquilaré un carruaje. Vivo algo lejos, en Moorgate. No me gusta ir sola por las calles a estas horas. Puede suceder cualquier cosa. Tal vez mi poder no sea suficiente para ver de antemano mi propio desastre.

—Espere —tomó Wade una repentina decisión—. Yo la acompañaré, Molly.

—¿De veras? — Ella le miró largamente y sonrió con coquetería—, Oh, bueno, eso estará bien, ir con un guapo mozo a casa. Puedes subir, si quieres. Podrás tener un sitio en mi cama. Y algo más que el sitio, si es que te gusto un poco...

—No, eso no puedo hacerlo aunque quisiera —eludió Wade con diplomacia—. Debo volver aquí lo antes posible. No puedo abandonar mi servicio. Pero si puedo estar fuera un rato, si existe la posibilidad de una información. Antes, debo escribir algo...

Tomó una cuartilla y comenzó a escribir con rapidez. Su pluma rasgueaba frenéticamente sobre el papel. Molly aposentó sus anchas nalgas en la mesa, inclinándose sobre él, y los pechos casi descansaron en el rostro de Wade.

—¿Qué escribes? —se interesó ella.

—Una información de última hora. El conserje la pasará al cajista a primera hora, y la noticia saldrá en la primera edición. Si todo se cumple como dijiste, habremos probado a todo el mundo que tus facultades son ciertas, y será una noticia de primera línea. Si no... —se encogió de hombros —, quizá la próxima vez que vengas, me veas de chico de los recados.

—¿Citarás mi nombre ahí? —se inquietó ella.

—No. Sólo tus iniciales, M. N. No quiero que corras riesgos inútiles. El asesino, si repite su acción como tú anuncias, sentiría mucha curiosidad por saber quién es la persona que se anticipa a sus acciones. Y no precisamente para felicitarla... Vamos, ya terminé.

Dobló el papel, y lo entregó al conserje al salir, mientras recogía su levita y sombrero.

—Es noticia de última hora. Que la compongan para la primera edición — indicó—. Si alguien viene en mi ausencia, dígale que surgió una noticia trascendental. Eso es todo.

—Bien, señor Wade, usted sabrá lo que hace —dijo el viejo empleado, encogiéndose de hombros y recogiendo el texto escrito a vuelapluma por Barry—. No tarde en volver. Si el señor Goldberg llegara a enterarse de esto, posiblemente le despediría del periódico.

—Sí, posiblemente —admitió Barry, saliendo de la redacción con la pelirroja Molly colgada de su brazo.

Un carruaje de alquiler circuló momentos más tarde por Fleet Street, sabedor quizá su conductor de que los periodistas eran gentes de raras costumbres. Recogió a ambos, y emprendió la marcha a buen trote de sus caballos, hacia Moorgate.

—Estaba pensando en tu premonición, Molly...

—¿Sí? ¿Y qué has pensado? —se volvió ella curiosamente.

—Que una mujer con diadema de brillantes, falsos o verdaderos, y una capa larga y negra, forzosamente ha de salir de algún local nocturno que cierre tarde, pero no demasiado tarde tampoco. Podría ser una actriz, una cantante o bailarina... o una dama de la buena sociedad que abandona un teatro o un club nocturno.

—¿Adonde quieres ir a parar, querido? —ella puso una de sus manos en la rodilla de Wade y la oprimió cálidamente—. ¿Pretendes acaso evitar el crimen?

—Sí pudiera... — Barry se mordió el labio inferior, con expresión grave—. Hay que pensar en un local situado cerca de algún parque, y que cierre después de las doce, puesto que tú has tenido la visión anteriormente. El crimen puede haber ocurrido, o estar a punió de ocurrir. Si es lo primero, ya no podemos hacer nada. Pero si es lo segundo, ¿qué local, cerca de un parque, cerraría después de la una de la madrugada, pongamos por caso?

—No lo sé. No conozco las costumbres de la buena sociedad. Wade.

—Yo, si. Pero Londres es demasiado grande para acertar. Es como jugar a la lotería y esperar que aciertes el número exacto. De todos modos, hay que intentarlo —y abriendo la ventanilla de comunicación con el pescante, llamó —: ¡Eh cochero!

—¿Si? —el postillón se volvió, sin que el carruaje cesara de rodar sobre el empedrado de las calles londinenses, húmedo y charolado bajo la luz difusa de las farolas de en la neblina—. ¿Desea algo, señor?

—Me justaría saber si hay algún sitio abierto aún de una cierta distinción, al que vaya público elegante, de la mejor sociedad, y que aún nos dé tiempo de llegar a él antes de que cierren.

—¿De veras, señor? —el cochero, dubitativo, miró de soslayo a Molly, como preguntándose si aquella clase de mujer sería la más adecuada para un lugar como el que le pedía su cliente.

—Sí, por supuesto. ¿Conoce usted alguno?

—Déjeme pensar, señor... —retuvo a los caballos, reduciendo la marcha considerablemente, mientras meditaba—. Es ya muy tarde, peto... Sí, creo que conozco un lugar como el que busca. Sólo que son muy exigentes con la

clientela. Va lo mejor de Londres, pese a que no está situado en el mejor distrito, ni mucho menos.

—Ese puede valer. ¿Cuál es?

—El que está situado detrás de Newgate, precisamente.

—¿La prisión?

—Sí, señor. Algo más al este, en Cheapside. Es un club donde actúan famosas figuras de vaudeville hasta bastante tarde. Una consumición vale al menos cinco guineas, y una botella de champaña veinte.

—Sí, puede que nos valga. ¿Su nombre?

—Las Armas del Rey, señor. Está frente a los jardines de San Pablo, pero por el lado opuesto a la catedral...

—¡Jardines! —Barry dirigió una rápida y febril mirada a su compañera de viaje dentro del vehículo—. Vamos, pronto, cochero. Cambie de ruta. Iremos allí ahora mismo.

—Bien, señor, pero no sé si... —y con otra significativa mirada a Molly, hizo girar al vehículo y se encaminó hacia el este de Londres, a las proximidades de la catedral de Sao Pablo y de los tribunales y calabozos de Newgate.

—¿Crees que puede ser allí? —dudó ella, excitada.

—Podría ser. AI menos, lo intentaremos. ¿No te importa venir conmigo?

—No, claro que no. Tal vez si veo el lugar, lo identifique con mi visión... Pero puede haber peligro, ¿no?

—Te quedarás en el carruaje, con el cochero, esperándome. Yo vigilaré la salida de los asistentes al club de Las Armas del Rey. No pienso entrar allí, sino solamente esperar, ver si una mujer con capa negra y diadema de brillantes sale del recinto. Dios quiera que aún sea tiempo... ¡Deprisa, cochero, no quiero llegar cuando ya esté cerrado! —apremió al conductor, que aceleró todo lo posible.

Los caballos trotaron por las calles de Londres, haciendo chocar sordamente sus cascos sobre el empedrado. La neblina, cada vez más densa, engulló al vehículo y sus ocupantes.

CAPÍTULO III

Tal vez era tarde.

Demasiado tarde, si Dios no lo remediaba, pensó Barry Wade, presa de gran excitación, cuando el carruaje se detuvo junto a los setos de los jardines cercanos a la catedral de San Pablo, en Watling y Cannon Street.

Las luces de queroseno del local estaban extinguiéndose ya. Los últimos asistentes, todos ellos de frac, con capa o macferlán oscuro, y las enjoyadas damas de la buena sociedad, abandonaban el local nocturno, dispersándose en busca de sus carruajes, a la espera en las cercanías.

Desolado, Barry Wade contempló cómo unos camareros cerraban las puertas del local, justamente cuando él bajaba del carruaje de alquiler y cruzaba la calle hacia el mismo. Indeciso, se detuvo, mirando en torno. Vio a algunas mujeres con capas de seda o de terciopelo, pero todas iban acompañadas, y ninguna lucía diadema de ningún tipo sobre sus cabellos.

Las Armas del Rey cerró definitivamente. El cochero se disculpó:

—De veras lo siento, señor. Hice cuanto pude por llegar a tiempo, pero...

—Está bien, no tiene usted culpa de nada —le replicó Wade—. Era demasiado tarde, después de todo. Pero había que intentarlo.

Y sin explicar más, siguió deambulando por la húmeda acera, luego a través de la calzada empedrada, hasta llegar al punto donde la niebla formaba una especie de telón grisáceo tras los setos de los jardines.

—¡Era este lugar, Barry! —Oyó gritar desde el carruaje a Molly Nichols —. ¡Estoy totalmente segura, es el mismo que vi esta noche!

Wade se volvió. Miró a la joven pelirroja, asomada a la ventana del vehículo y asintió lentamente, caminando a lo largo de la verja y setos de los jardines públicos. De repente, se detuvo. Miró a la cercana esquina con Bread Street. Muy cerca de allí, el globo de luz de gas de la comisaría de policía de Bow Street, lucía borrosamente en la bruma.

En la esquina, recortándose en la niebla, había aparecido un carruaje repentinamente. Un carruaje que se detuvo junto a una farola.

Un fiacre negro.

Barry Wade sintió un escalofrío. ¿Era posible predecir el futuro, ver le que aún no había sucedido?

—El fiacre... —jadeó—. ¡Tiene que ser ése el vehículo que citó Molly! Dios mío, pero entonces... si todo es cierto... ¿dónde está la mujer de la capa negra y la diadema de diamantes?

Aceleró su marcha con largos y rápidos pasos, en dirección al fiacre negro que mencionara Molly en sus visiones y que, como un negro espectro del más allá se materializaba ahora en la niebla, surgiendo de lo desconocido, tal vez con un terrorífico asesino dentro.

Llegó hasta el fiacre. Miró al pescante. No había nadie. Absolutamente nadie. Las riendas de los dos caballos de tiro estaban atadas al pomo, junto a

la fusta. Audazmente, se dirigió a la puerta del vehículo y tiró de ella, dispuesto a todo.

Tampoco dentro había persona alguna. Quien había conducido el vehículo hasta el punto, donde estaba ahora situado, debió abandonarlo sin que él lo advirtiese, a causa de la complicidad de la propia niebla, que emborronaba los perfiles, diluyendo todo en sombras grises y huidizas.

Entonces se heló la sangre en las venas de Barry Wade.

Un alarido largo, terrible, llegó de alguna parte, a sus espaldas. Era un grito desgarrador, mezcla indescriptible de angustia, terror y agonía.

Un grito de muerte... proferido por una garganta de mujer.

Rápido, dio media vuelta. Echó a correr hacia el lugar donde había creído oírlo, allá junto a la verja que vallaba los jardines de San Pablo. El grito se repitió en alguna parte pero mucho más débil.

—¡Dios mío, no es posible... que esté ocurriendo ya! —jadeó Barry, sin dejar de correr, exasperado, perdiendo su sombrero en la carrera, sus cabellos al aire frío y húmedo de la noche.

Apenas dio vuelta a los setos, por Watling Street, descubrió lo que sucedía. Como un trallazo, la escena hirió sus retinas primero, y luego lo más recóndito de su cerebro. Era como haber vivido ya anteriormente, y volver a presenciar algo que ya conocía.

En realidad, estaba sucediendo exactamente lo que dijera Molly Nichols en la redacción del Mail aquella misma noche.

Una mujer rubia, con una diadema de diamantes y una amplia capa negra, de raso, se agitaba en brazos de alguien que estaba alzando sobre su figura abatida un arma centellante, que destellaba al ser herida por la luz de gas de una farola cercana.

Ya no se oían gritos. El cuerpo no se movía. Triunfalmente, el agresor la dejó caer. Wade observó fugazmente que era una figura alta, envuelta en una especie de capa o macferlán, y con un sombrero negro de alas anchas cubriendo su faz. En su mano, al alzarse, algo chorreaba sangre. Wade no podía ver lo que era, pero lo imaginó fácilmente.

—¡Al asesino! —Rugió dando un grito agudo—. ¡Al asesino, pronto! ¡Favor, socorro!

Su voz sonó con toda potencia, porque la proximidad de Bow Street y de la comandancia de policía de la zona, le daba ánimos para imaginar una pronta ayuda. Pero de todos modos, ya se había lanzado rápidamente al lugar del suceso, dispuesto a detener la evasión del asesino, cuyo fiacre, al quedar a sus espaldas, impedía que pudiera alcanzarle.

Cierto que él no llevaba armas consigo, y el monstruoso agresor de la joven sí empuñaba un respetable estilete de larga y afilada hoja, todavía tinto en la caliente sangre humana de su víctima. Pero eso no le importaba. Había intentado salvar una vida y no le había sido posible. Intentaría, cuando menos, con riesgo de su propia vida, impedir que el culpable escapase del escenario de su horrendo delito.

El asesino se dio exacta cuenta de ello apenas le vio venir hacia él. Sus ojos le contemplaron fijamente bajo el ala negra del sombrero, y su mano se alzó, mostrando el arma, mientras apretaba contra sí, en su otra mano, algo que sin duda había arrancado a la mujer agredida, y que goteaba sangre sobre el empedrado húmedo.

—¡No escaparás, asesino maldito! —rugió Wade, precipitándose resueltamente hacia él.

Eludió una rápida cuchillada del criminal, y éste retrocedió de un salto, bajando la cabeza para no mostrar sus facciones en ningún momento. Wade, al advertir los regueros de sangre que brotaban del cuerpo femenino tendido en la calzada, imaginó que ya no había remedio alguno para la joven víctima.

Wade trató de descargar sus puños sobre el desconocido, al tiempo que allá, en alguna parte de la zona, sonaban estridentes silbatos advirtiendo que la policía ya estaba sobre aviso. Eso dio alientos y energía al periodista, que no dudó en afrontar el riesgo que suponía la terrible arma del criminal.

Pese a ello, logró encajar su puño seca y duramente en el mentón que escondía la sombra del sombrero, así como un rodillazo violento en su estómago. El tipo rugió sordamente, pero se rehízo con celeridad, eludió otro golpe que quizá le hubiera logrado derribar definitivamente, y pasó al ataque.

Su cuchillo era largo, afilado y puntiagudo. Lo manejaba bien. Y alcanzó a Wade.

Este notó el desgarro de su levita, y la punzada dolorosa del acero en su carne, penetrando con fuerza en su costado. Trató de dominar aquella lacerante impresión, pero sus piernas vacilaron y la visión se le hizo bailoteante. La sombra oscura y siniestra del misterioso agresor se agrandó ante sus ojos, borrosamente, cuando de nuevo volvió a la carga, y una farola arrancó centelleos azules de la hoja de acero, allí donde no había sangre.

No supo nunca cómo pudo eludir el nuevo impacto del cuchillo, pero lo cierto es que lo logró, y oyó el zumbido seco del acero, pasando junto a su cuello, y desgarrándole parte de la solapa de su levita. Los silbatos de la policía sonaban con mayor estrépito, y se unían a ellos recias pisadas en el empedrado, cada vez más próximas.

Sin duda, eso le salvó de morir acuchillado, porque en ese momento no pudo sostenerse en pie, y cayó de rodillas, apretándose con una mano el tajo del costado, que aparecía ensangrentado copiosamente. Aun así, intentó aferrar de modo suicida las piernas de su enemigo, pero éste se zafó de él con rapidez. Wade captó el eco de una risa burlona, sibilante, brotando debajo de las alas del oscuro sombrero, y luego las pisadas del asesino se alejaron con celeridad, perdiéndose en la noche, a sus espaldas. Se volvió dificultosamente, logrando de nuevo incorporarse, aferrado con una mano a los hierros de la verja del pequeño parque, y con la otra oprimida fuertemente sobre su sangrante herida.

Advirtió cómo la sombra humana penetraba con rapidez en el fiacre negro, a cuyo pescante se situaba, sin duda, haciendo arrancar a los caballos y

alejándose definitivamente de allí a toda la velocidad de que eran capaces los azuzados animales.

Unos momentos más tarde, los policemen de Bow Street aparecían en legión, unos portando faroles, otros armados, y haciendo sonar todos ellos sus silbatos. En instantes estuvieron cerca de él, mirándole precavidos, al tiempo que otros se dirigían al lugar donde yacía la víctima.

—Yo fui... quien pidió auxilio... —jadeó Wade mirando turbiamente a los policías—. Un hombre... atacaba a esa infortunada mujer... Yo soy... periodista del London Mall. Estoy... herido por el asesino...

Y se hubiera desplomado, de no recibirle en sus fornidos brazos dos de los hombres uniformados.

Pero antes de sumirse en una dolorosa inconsciencia, oyó exclamar a uno de los agentes con voz horrorizada:

—¡Cielos, mirad esto! Esa pobre mujer... La acuchillaron brutalmente... y además le cortaron un seno... que ha desaparecido.

* * *

—Esperaba encontrar a un moribundo, y veo que está usted perfectamente bien, amigo mío.

Barry Wade se incorporó en la cama del hospital, contemplando a su visitante. La herida fuertemente vendada, le dio un doloroso tirón, y hubo de tenderse de nuevo, con un gemido, apoyando la cabeza en la almohada.

—Hola, Vanessa —saludó el joven periodista a la escritora de los cabellos dorados y los ojos celestes—. No crea que estoy demasiado boyante. Me duele mucho la herida, he perdido abundante sangre, y esos malditos médicos dicen que, debo permanecer aquí cuanto menos tres días más, antes del reintegrarme a mí casa, donde deberé continuar reposando por espacio de una semana más.

—¿Y no le gusta la idea de unas vacaciones pagadas por, el Mail? —sonrió ella risueñamente.

—Es horrible. Estoy deseando salir de aquí, intentar escribir de nuevo algo que valga la pena...

—Pero si en Londres no se habla de otra persona que del joven y arriesgado reportero del Mail que atacó al asesino y fue herido por éste, cuando la dama de la buena sociedad, Cynthia Nesbitt, fue brutalmente acuchillada a la salida de un local nocturno, tras haber reñido con su novio y encaminarse sola a su domicilio. Eso y el reportaje previo que usted dejó escrito, hablando de una mujer que tiene premoniciones y se anticipa a los acontecimientos, como así ocurrió, forman la información más sensacional del día.

—¿De veras? —Gruñó Wade, arrugando el ceño—. ¿No me engaña, Vanessa?

—Véalo por sí mismo —dijo ella sentándose al borde del lecho, y sacando

de su bolso un ejemplar del Mail—. Toda la primera plana es suya. Trevor Vincent debe estar sufriendo un ataque de bilis a causa de ello. Su información sobre la ejecución en Newgate, ha pasado a tercera página.

Wade sonrió. Eso le causaba una cierta malévola satisfacción.

Desplegó el diario, y se mostró más satisfecho todavía. Los grandes titulares cubrían la primera página de una edición extra del periódico:

DESPUÉS DEL ANUNCIO DEL ASESINATO HECHO POR UNA MUJER MISTERIOSA A NUESTRO REPORTERO BARRY WADE...
¡SE COMETE REALMENTE ESE CRIMEN TAL Y COMO ELLA LO NARRO!
Y NUESTRO REPORTERO, POR INTENTAR EVITARLO, SE ENFRENTA AL ASESINO MUTILADOR Y ES HERIDO

—Y eso no es todo —anunció apaciblemente Vanessa Lovern—. Incluso el Times habla de usted en su edición de hoy.

Al criminal ya le han bautizado como el Mutilador, y los periodistas se vuelven locos buscando a la mujer que tiene dotes de vidente. Supongo que usted no la hará aparecer a ella en escena. Podría ser muy peligroso para su persona.

—No, no pienso hacerlo —rechazó Barry con energía—. ¿Dónde se habrá metido, tras ese nuevo asesinato? Me acompañó en un carruaje hasta las proximidades del lugar del crimen...

—No he oído nada al respecto —se encogió de hombros Vanessa—. Es posible que al escuchar los gritos de la víctima y toda la confusión que se armó después, pensara prudentemente en desaparecer de la escena, lo cual me parecería muy sensato.

—Sí, así debió ocurrir —suspiró Wade, cerrando los ojos—. Ahora, ella sabe que puede presentir los acontecimientos. Por la causa que sea, sabe de antemano cómo van a morir las víctimas de... de ese maldito Mutilador. Científicamente, sé que existieron casos similares de anticipación o premonición, pero nunca había vivido de cerca uno tan apasionante.

—Yo tampoco, lo confieso. Creo que cuando este asunto termine, será un buen tema para mi siguiente libro, Wade.

—Sin duda. Ahora, imagino que el grande y único Trevor Vincent se ocupará del caso, quitándomelo de las manos...

—Lo veo difícil —sonrió Vanessa—. Usted posee algo que él no puede combatir: el hecho de haber sido testigo directo, y víctima además del asesino. He oído que están esperando a que se recupere lo suficiente para que narre en exclusiva lo sucedido, tal como usted lo vivió. Y no sólo el Mail le pagaría bien esa exclusiva.

—Pero me debo a mí periódico, y a él reservaré esa primicia. Lo demás, no sería honesto ni ético.

—Sabía que hablaría así. El Mail posiblemente ni siquiera le pague una

guinea más por su trabajo, pero al menos ha empezado a hacerse famoso, y eso molestará a muchos, entre ellos a Vincent y al propio Goldberg, el director de su periódico, que ya sabe es gran amigo y admirador de Trevor Vincent.

—Señorita Lovern, es posible que tenga mucha razón. Pero al menos, yo estoy al lado de Barry Wade en este momento —dijo una voz apacible desde la puerta.

Barry giró la cabeza. Su jefe de redacción, Harvey Greeson, estaba allí. Y no se mostraba tan hosco como de costumbre, sino sonriente y cordial. Le acompañaba un caballero de ropas color gris oscuro y largas patillas canosas, a quien no conocía en absoluto, pero que saludó cortésmente a Vanessa.

—Hola, señor Greeson —saludó Wade con forzada sonrisa—. ¿De veras no va a rebajarme al puesto de mozo de recados por lo que hice anoche?

—Mi querido Wade, al principio pensé en echarle una bronca fenomenal, por dejar el periódico e irse con una mujerzuela. Después, cuando vi ya impreso en una columna de la última página lo que me pareció la locura más increíble del mundo, esa breve reseña que sobre un crimen anunciado a las doce de la noche, y que aún no se había cometido, mi furia subió de grado y estuve a punto de reventar. La página estaba impresa, y ya no había forma de suprimir ese texto. Por fortuna, ocurrió así. Porque luego, cuando se supo que, realmente, todo había sucedido, casi dos horas más tarde, tal y como usted lo había anunciado, tuve que admitir que el equivocado era yo, y usted un verdadero periodista de los pies a la cabeza, muchacho. Ah, a propósito. Le presento al inspector Ralph Colman, de Scotland Yard. Ha venido a hacerle unas preguntas, si es que puede responderlas,

—Por supuesto —asintió Wade—. Pregunte, inspector.

—Mire, Wade, he leído todo lo que sucedió, los hombres de la comisaría de Bow Street me han informado detalladamente de ello, y sé que no podrá añadir mucho más a lo que a ellos refirió, camino del hospital, pero tengo especial interés en puntualizar algunos aspectos de este horrible asunto.

—Cuente conmigo, inspector. Si puedo ayudarle en algo...

—Al menos, lo intentaremos —tomó una silla, se sentó a su cabecera y comenzó—. ¿No advirtió nada especial en su agresor, que le permitiera una posible identificación?

—No, nada.

—¿No le reconocería si le viese sin las prendas que entonces llevaba?

—Me temo que no. El macferlán era muy amplio, llevaba un sombrero de alas muy anchas, echadas sobre el rostro. No, de cualquier modo no podría distinguirle.

—Descríbamelo lo mejor posible. Sin olvidar detalle, por favor.

—Era más bien alto. Parecía esbelto. Se movía con rapidez. Vestía enteramente de negro. Macferlán, sombrero, botines negros charolados. Iba enguantado. El arma que usaba era larga, un estilete posiblemente. No pronunció palabra en todo el tiempo que duró nuestro enfrentamiento. Sólo al

dejarme allí caído, tras intentar rematarme, le oí una risa. Reía de modo extraño, como silbando...

—¿Cree que lo hacía por disimular el timbre de su voz?

—Posiblemente —admitió Barry, pensativo—. Pero no podría jurarlo, inspector.

—Lo comprendo. ¿No descubrió ningún otro detalle?

—Ninguno, que yo recuerde.

—Ya sabrá que mutiló a la víctima. Tal y como le informaron a usted previamente: le cortó limpiamente un pecho. Y debió llevárselo. Allí no ha aparecido.

—Seguro que lo llevaba. Le vi ocultar algo chorreante de sangre bajo su macferlán, cuando huía. Solamente usaba un brazo para pelear,

—¿Dice que tenía un carruaje cerca?

—Sí. Escapó en él. No debía llevar cochero. Yo no lo vi, al menos.

—¿Era un fiacre, como dijo su informante?

—Sí, lo era.

—Bien. Yo no creo en adivinos ni personas que anticipan acontecimientos. Su informante pudo ser un cómplice del asesino, y sabía lo que iba a suceder.

—No me parece verosímil, inspector.

—¿Por qué no? ¿Cree entonces en adivinos y no en explicaciones reales? —se mostró ceñudo el inspector Colman.

—Me baso en una serie de simples razonamientos, inspector.

—¿Cuáles?

—Primero, el asesino no ganaba nada con revelar de antemano su acción, y en cambio se arriesgaba mucho. Segundo, he leído en el periódico, y Vanessa me lo ha confirmado, que esa joven asesinada, Cynthia Nesbitt, fue a ese lugar con su novio, y riñeron al final de la representación. De no suceder así, ella no hubiera ido sola por la calle, para ser agredida.

—Eso es cierto —corroboró Vanessa con entusiasmo—. El prometido de ella es un joven de la buena sociedad londinense. Tenía su carruaje a la puerta. No hubiese corrido peligro alguno su novia, de no cometer la tontería de irse sola.

—Pudo pensar en una víctima cualquiera...

—Vi salir a muchas damas de aquel club —terció Wade—. Ninguna llevaba diadema de diamantes, como describió mi informante cuando aún no había sucedido nada.

—De modo que cree firmemente en que esa mujer, en efecto, ve el futuro.

—Sí, lo creo.

—El conserje de su periódico no recuerda el nombre, pero sabe que era una mujer de dudoso aspecto. Usted la llama solamente M. N. ¿Puede ampliarme esos datos?

—No, inspector —negó rotundo Barry.

—¿Cómo? —Se sobresaltó el policía—. ¿Pretende ocultar una prueba a la policía?

—En absoluto. Esa mujer nada tiene que ver con los hechos, salvo por la circunstancia de que los presiente de antemano. No forma parte del caso. Ya antes intuyó otro crimen. Y estuvo en Scotland Yard a denunciarlo a ustedes. El crimen de Susan Parles. Ni siquiera la escucharon.

—El superintendente Wilcox me habló de ello. Yo no llegué a ver a la mujer— Y allí no consta su nombre. No inscribimos oficialmente su denuncia. Era demasiado fantástica. —Pues era cierta. Todo ocurrió tal como ella lo había pronosticado varías horas antes.

—En tal caso, necesitamos a esa mujer. Puede ayudarnos mucho a prever otro posible crimen del Mutilador.

—También puede ser conocida su identidad por el asesino. Y entonces—... ¿qué sería de ella, inspector?

—El informe será confidencial. No saldrá de nosotros, se lo garantizo.

—No, inspector. Estoy seguro de que si esa mujer tiene otra visión parecida, vendrá a mí para informarme. Entonces me ocuparía yo de Informarles a ustedes a la vez. Creo que, de momento, será mejor dejar las cosas así, por la seguridad de ella. No podemos estar seguros de que el asesino no sea alguien que tenga acceso a la información confidencial que usted me pide.

—¿Cómo? ¿Sugiere que ese monstruo puede ser... un policía? —se escandalizó Colman.

—No. Pero podría ser cualquiera. Incluso un periodista —sonrió Barry con sarcasmo—. Aquí tenemos al señor Greeson, mi jefe. ¿No podría ser él mismo nuestro siniestro Mutilador?

—¡Wade! —estalló el redactor jefe, boquiabierto—. ¿Qué tontería es ésa?

—Es sólo una comparación, señor Greeson —le calmó Barry—. Después de todo, es evidente que detrás de esa apariencia inquietante, detrás de la máscara del asesino feroz y sanguinario, tiene que haber una persona aparentemente normal, que quizá es respetable en su ambiente, y a la que la gente trata sin sospechar jamás que tiene una doble personalidad. Su modo de vestir era distinguido, no se le veía un bribón de bajos fondos, pongamos por caso. Vestía como un caballero, pero sabía llevar esas ropas como tal caballero. Eso nos lo sitúa en un nivel social estimable. ¿No opina igual, inspector?

—Sí —tuvo que reconocer Colman, meneando afirmativamente su canosa cabeza—. Estaba pensando en ello cuando me lo describió. Sombrero, macferlán, botines de charol... Usted lo ha dicho. Vestía como un caballero.

—Y era un caballero, estoy seguro de eso —dijo Wade, ceñudo—. Un caballero con un cerebro de criminal... y que por alguna razón de apodera de un trofeo de cada una de sus víctimas. Los ojos de una, un pecho de otra... Extraño y horrible, ¿no creen?

—¿Qué le sugiere eso, Wade? —Se interesó el policía—. ¿Sadismo?

—Quizá. O tal vez algo que explica esa macabra afición con más exactitud.

—¿Qué?

—Afán de coleccionismo —dijo sombríamente Barry Wade.

CAPÍTULO IV

—¡Un coleccionista!

—Sí, eso he dicho. Pero no me haga mucho caso. Es sólo una posibilidad.

—Una posibilidad fascinante —confesó con voz sorprendida el doctor Brook, médico forense de Scotland Yard—. Nunca se me hubiera ocurrido, lo confieso.

Stuart Goldberg, director del Mail, estaba presente en la reunión que tenía lugar en Scotland Yard, ocho días después del asesinato de Cynthia Nesbitt, con el forense, el superintendente Wilcox y el inspector Colman. Barry Wade, centro de la reunión, se había hecho famoso de la noche a la mañana. Durante toda la semana, el Mail había publicado en primera plana su columna sobre los sucesos de la trágica noche, y sus comentarios en torno al misterioso caso criminal que aterrorizaba a Londres.

Era evidente que Goldberg, pese a que se agotaban las ediciones especiales de su periódico, no se mostraba particularmente complacido con la situación. Su modo de mirar a Wade era hosco, como si el triunfo de su joven reportero no le hiciera feliz, ni mucho menos.

Wade estaba seguro de la verdadera razón de esa actitud por parte de Goldberg: su amistad personal con Trevor Vincent, el maestro de periodistas, notablemente oscurecido durante toda aquella semana, a causa de la popularidad de su colega joven y novato.

—Yo lo considero el mayor absurdo que oí jamás —silabeó el propio Goldberg ahora, terciando en la cuestión—. Coleccionar fragmentos humanos... Es no sólo abominable esa idea, sino ridícula.

—Yo no diría eso, señor Goldberg —objetó seriamente el superintendente Wilcox—. Es una posibilidad muy digna de tener en cuenta. Explicaría sin lugar a dudas la rara obsesión del asesino por mutilar a sus víctimas.

—La mutilación podría ser solamente una especie de firma o modo de remachar su obra criminal, para que la gente sepa que el autor es siempre el mismo —sugirió a su vez el inspector Colman.

—Por supuesto —asintió Wade—. Yo no me aferró a una sola teoría. Sugerí una, simplemente.

—Y a mí me gusta —afirmó el doctor Brook con entusiasmo—, Es decir, personal y humanamente me repugna, pero me gusta la teoría en sí, como justificante de una aberración criminal.

Nuestro asesino puede ser un obseso, un psicópata; en suma, un enfermo, aunque él se crea sano y cometa los crímenes por un simple placer de matar. Su psicosis estaría clara si coleccionase trofeos humanos, tras cortar los del cuerpo de sus víctimas.

—¿Y después? ¿Qué haría con esos... trofeos? —preguntó desdeñoso Goldberg.

—Ya se ha dicho: coleccionarlos.

—Pero ¿cómo? —Bramó el director del Mail—. ¿Putrefactos, hediondos?

—Es una forma de conservarlos, si la perversión de nuestro asesino llega a tanto —admitió el forense—. Pero también podría conservarlos en alcohol, o disecarlos. Se pueden embalsamar piezas humanas, siempre que se sepa hacer. El criminal parece buen cirujano o, cuando menos, conoce la anatomía humana. Se lo digo yo, señores, que soy médico. Por tanto, también puede conocer técnicas de embalsamamiento.

Todo es posible. Lo cierto es que nos hallamos ante un criminal insólito y temible. Porque no es un rufián ni un maleante vulgar, sino un hombre inteligente, quizá culto, perteneciente a un nivel social elevado... pero pese a todo ello, sin duda alguna enfermedad le trastorna la mente. Todo eso le hace sumamente peligroso y escurridizo.

—Coincidimos casi en todo, doctor —asintió a su vez Barry Wade serenamente—. Yo he pensado ya varias veces en esa posibilidad. El hombre que me agredió tenía aspecto de caballero, pese a todo.

—Un extraño caballero, ¿no? —sonrió irónico el inspector Colman.

—Dije que tenía el aspecto de serlo, no que lo fuera —respondió Barry con otra sonrisa—. Sabemos que es un criminal que no tiene piedad de sus víctimas, y que se ufana quizá de los trofeos que recoge de sus cuerpos ensangrentados. Pero eso no obsta para que pueda pasar, en nuestra sociedad londinense, como un perfecto gentleman, en los momentos en que no está actuando como un feroz carnicero.

—Son simples teorías —rechazó, desdeñoso, el director del Mail—. No tienen ninguna base sólida.

—Nada lo tiene en estos momentos —suspiró el superintendente Wilcox —. Ya es bastante que, guiándose por una corazonada, una serie de pistas confusas y las palabras de una vidente, su reportero haya logrado lo que aún no ha conseguido ninguno de mis hombres: verse cara a cara con el Mutilador, señor Goldberg.

—Circunstancia que ha sabido aprovechar muy bien, por cierto —señaló con ironía Goldberg, mirando a Wade.

Este se encogió de hombros, con aire indiferente. Sus palabras fueron tan escuetas como precisas:

—Alguien me enseñó que un buen periodista debe dejarse guiar por el instinto. Es lo que yo hice. Ahora resulta lógico que la gente quiera conocer mi experiencia personal ante tan notable asesino.

—Creo que en vez de reprocharle nada, señor Goldberg, tendría que felicitar a su joven reportero y darle la oportunidad de ocupar un puesto mejor en su periódico —apuntó el doctor Brooks.

—Eso es asunto del Consejo de Administración —cortó Goldberg, irritado —. Lord Durham, como uno de los accionistas del periódico, deberá decidir. Y no me cabe la menor duda de que su decisión será muy favorable para su joven protegido. Ahora, caballeros, deben disculparme. Tengo muchas cosas que hacer, y no creo que saquemos nada en limpio de esta reunión.

Se despidió con una cortés inclinación de cabeza, y dejó en la estancia a los demás componentes de la conferencia. El inspector Colman se permitió una burla:

—Amigo Wade, parece que sus hazañas periodísticas no sientan nada bien al señor Goldberg, su director. Extraña actitud para el director de un rotativo, ¿no? Y más, vendiéndose como se vende, desde que usted ha publicado sus reportajes sobre ese dramático suceso...

—No me importa lo que él, Trevor Vincent o cualquier otro piensen de mí —rechazó Barry, indiferente—. Sé cuál es mi tarea, y la cumplo. Eso es todo.

—¿Y cree ahora que su tarea es hallar también al asesino? —bromeó el superintendente Wilcox, enarcando las cejas.

—Nunca, pretendí nada parecido, señor —se defendió Barry—. Si fui en busca del escenario posible del anunciado crimen, fue por intentar salvar una vida. Ahora, daría algo porque ese monstruo cayera en su poder, señores. Pero ése es trabajo suyo, no mío.

—Usted lo ha dicho —resopló Colman—. Lo malo es que no sabemos por dónde empezar siquiera. Cometimos un error al no creer en las palabras de esa vidente, pero ¿quién podía pensar que ella decía la verdad al presagiar la muerte violenta de Susan Parks, y todo lo demás? Usted tuvo más fe, y resultó bien... aunque pudieron haberle matado a usted también. Cielos, si esa vidente pudiera ayudarnos a... a identificar al asesino...

—No creo que pueda hacerlo. Yo lo intenté también, y fracasé. Ella ve ciertas cosas que van a suceder, pero no todas.

—¿Y por qué? ¿Qué motivo puede haber para que unas cosas las vea y otras no? —refunfuñó agriamente Colman.

—Eso entra dentro del propio misterio de sus dotes paranormales, inspector —se encogió de hombros Barry Wade— No estamos preparados para entender ciertas cosas. Puede ser un don especial, o puede ser un fenómeno de telepatía no lo sé. Lo cierto es que lo único que ella intuye o presiente incluso con detalles, es el asesinato en sí. Esperemos, por el bien de todos, que no tenga que venirnos de nuevo con otro informe semejante...

—¿No piensa entrevistarse con ella de nuevo, hacerle un reportaje para su diario? —Se extrañó el superintendente Wilcox—. Eso sería otro éxito profesional para usted, Wade.

—Lo siento. Yo no soy mi colega Vincent. No estoy dispuesto a sacrificar a nadie para triunfar yo. Es la vida de esa mujer lo que podría estar en juego. Por eso la he obligado a que se aloje en otro sitio, y dé un nombre supuesto que no coincida con las iniciales M. N.

—Muy astuta previsión —admitió el doctor Brook con aire complacido—. Hizo bien, Wade. Esa mujer puede resultar muy valiosa, llegado el momento. Y, además, es un ser humano.

—He pensado especialmente en ese último factor, doctor Brook —asintió Barry Wade, pensativo—. Ignoro sus posibles facultades extrasensoriales, pero hay que admitir que no sufrió error alguno.

—¿No cabe ninguna posibilidad de que sea cómplice del asesino o supiera algo por medios absolutamente naturales? — insistió el superintendente Wilcox, no demasiado convencido.

—No lo creo. Ella sólo me dio unas vagas orientaciones Luego tuvimos suerte en localizar el punto exacto. Naturalmente, al oír gritos, silbatos y todo eso, se asustó y huyó con el carruaje que alquiler. Pero me envió una nota al hospital indicándome dónde podía hallarla. He ido a verla, y creó que está realmente asustada, tanto de los acontecimientos actuales, como de sus raras facultades para anticiparse a los acontecimientos.

—Está bien. Dejemos eso, entonces. Pero si me viese obligado a exigirle las actuales señas de identidad de esa mujer, usted tendría que facilitarme tales datos si bien le garantizo que tal información no saldría para nada de Scotland Yard, y sólo serviría para prestar protección a su amigo vidente, ¿entendido, señor Wade?

—Claro, señor. Ahora, debo volver a mí periódico. Ya he sido dado de alta por los médicos, y no puedo faltar a mí obligación. Además, tengo que escribir el último reportaje, por el momento, dedicado a nuestro misterioso Mutilador.

—¿De veras? ¿Y en qué va a consistir?

—En la teoría que antes les expuse: afirmaré que el asesino es un coleccionista de espantos, de trofeos humanos arrancados a sus víctimas. En suma, un desequilibrado mental que no sólo se cree enteramente seguro, sino que lleva su altanería hasta el punto de hacer tales alardes. Y que, ciertamente, ha de ser un hombre muy minucioso, como son todos los coleccionistas habitualmente.

—Muchos filatélicos, numismáticos y maníacos del coleccionismo de Londres se van a enfurecer con usted, Wade, cuando lean eso —rió el inspector Colman de buena gana.

—Lo sé —afirmó Barry con una sonrisa—. Pero también espero lograr algo más.

—¿Qué, exactamente?

—Irritar al Mutilador. Hacerle sentir algo menos seguro de lo que actualmente se siente.

—Tenga cuidado. Si lo considera un reto, puede responder a él. Los coleccionistas son muy especiales cuando alguien critica su manía... Y la de este nombre es la manía más peligrosa que conozco: matar.

—No lo olvido, inspector —aseguró Wade, ya en la salida de la oficina. Se inclinó, cortés, antes de abandonar la estancia—. Buenas tardes, caballeros. No dejen de leer mi próximo artículo. Valdrá la pena...

El visitante se hizo anunciar con una pomposa tarjeta de visita impresa en relieve. Barry Wade la examinó curiosamente. Luego, alzó la mirada hacia Lorne Prentiss, su vecino de mesa en la redacción, que era quien acababa de entregársela.

—¿Quién es este caballero? —se interesó enarcando las cejas.

—Lo ignoro —Prentiss se encogió de hombros, atusándose su pelirrojo bigote de guías—. Se limitó a entregarme esa tarjeta y decir que era muy urgente que te viera personalmente, Wade. Te has hecho muy conocido en Londres en los últimos días, no debe extrañarte.

—Ya —Barry jugueteó con la tarjeta, antes de hacer un gesto—. Bueno, iré a verle. ¿Está en la antesala?

—Sí. Tieso como un bastón, y altivo como un soldado de la Guardia Real —rió Prentiss, sacudiendo la cabeza—, Tiene aspecto de hombre importante, pero eso nunca se sabe en realidad... |

Barry no comentó nada. Echó a andar hacia la antesala de la redacción, volviendo a leer la extraña tarjeta de visita:

JASON COREY
Curiosidades y antigüedades
103 Draycott Avenue, SW3
Chelsea. Londres

Le reconoció enseguida. Sólo podía ser aquél, a juzgar por lo que dijo su compañero Prentiss.

Alto, elegante, de cabellos grises y rubios por igual, nariz recta, ojos claros y fríos, largas patillas y elegantes ropas grises, de impecable corte. Corbata de plastrón con una perla de alfiler, levita a la moda, botines charolados. Un bastón de ébano, con empuñadura de plata maciza, le servía para apoyar su esbelta figura.

—¿Señor Corey? —preguntó Wade, al llegar junto a él.

—El mismo, joven —la mirada azul le fulminó, inquisitiva—. Y usted, imagino, es el periodista Barry Wade...

—Así es. ¿En qué puedo servirle, señor Corey?

El hombre carraspeó, mirando en torno, a las diversas visitas que esperaban allí a otros empleados del periódico. Dijo confidencialmente:

—Me gustaría más hablar a solas con usted, joven.

—De acuerdo —Wade se preguntó si aquel bastón no sería un largo estoque disimulado, y el caballero impecable sería el Mutilador en persona. Pero aun así, le hizo un gesto hacia una puerta vidriera inmediata—. Por favor, entre. Hablaremos mejor ahí, sin que nadie nos moleste.

—Es muy amable —dijo el visitante, entrando delante de él en el pequeño despacho asomado a Fleet Street. La tarde, nublada y gris, no precisaba de cortinas para velar la luz en la estancia.

Barry le indicó un asiento, al otro lado de la mesa, y él se acomodó justo frente a su visita, sin perderla de vista un momento.

—Y bien, señor Corey, estoy esperando que me explique el motivo de su visita —le invitó, cortés.

—¿Y aún lo pregunta, señor Wade? —De su levita, airadamente, extrajo un ejemplar del London Mail y lo tiró encima de la mesa, casi con violencia

—. ¿No es usted el autor del artículo de esta mañana, respecto al Mutilador, en la primera página de este diario?

—En efecto. Yo lo escribí —dijo calmosamente Barry—. Mi firma está ahí, señor Corey. ¿Qué tiene de malo ese artículo?

—¡Todo! —estalló el hombre, imprevisiblemente.

—¿Quiere decirme por qué?

—Yo tengo un negocio de antigüedades y objetos curiosos y de alto valor.

—Sí, eso he visto en su tarjeta.

—Mis clientes son en particular coleccionistas importantes de todo género. Y yo mismo, señor Wade, soy un coleccionista de objetos raros, muy conocido en los círculos de la especialidad.

—Sigo sin ver la razón de su posible disgusto por mi artículo.

—¡Usted habla en él de... de un posible coleccionista de... de horribles restos humanos, de miembros mutilados! —exclamó escandalizado Jason Corey, agitando sus manos ostensiblemente, como un mal actor dramático.

—Cierto —Wade entornó sus ojos—, ¿Eso le afecta a usted en algo?

—Bueno, claro que no, pero... Resulta monstruoso llamar coleccionismo a ese monstruo del Averno, señor Wade.

—Es sólo una teoría —sonrió Barry con cierta frialdad en su expresión, sin pestañear siquiera, atento a cada movimiento facial de su interlocutor—. ¿Por qué le escandaliza tanto, señor Corey?

—Es abominable, créame. Todo esto lo es. Ustedes, los periodistas, sólo desean vender periódicos, sin importarles el daño que causen a una clase digna y honrada, como somos los comerciantes de objetos raros, los coleccionistas de todo tipo...

—Señor Corey, sus protestas no tienen el menor sentido. Yo respeto a cualquier persona con aficiones semejantes, puesto que yo mismo colecciono algo desde que empecé mi profesión: mis propios artículos y trabajos periodísticos. No deja de ser una afición a coleccionar algo, como podría hacerlo con grabados, estatuillas o cualquier otra cosa semejante. Lo que me limito a escribir es que podría tratarse de un sádico con una afición morbosa a coleccionar trofeos humanos, lo cual nada tiene que ver con sus dignas aficiones, señor Corey.

—Quizá. Pero aparte de eso, señor Wade, empiezo a ser el hazmerreír de algunos de mis mejores amigos y clientes. Y eso lesiona gravemente mi negocio.

—¿Usted? —Barry enarcó las cejas—. ¿Por qué? ¿Por el simple hecho de haber escrito yo ese artículo referente a un criminal? ¿Qué tiene usted que ver con algo así, a juicio de sus amigos?

—Quizá demasiado —resopló amargamente Jason Corey, inclinando la cabeza con desaliento— Yo... yo soy el esposo de una mujer llamada Molly Nichols, que tenía la facultad de establecer relación telepática conmigo en algunos casos... y veía a distancia, o antes de producirse, cosas que yo hacía. ¿Se da cuenta ahora? Sus iniciales son, justamente, M. N, todos me preguntan

si seré yo el asesino que esa misteriosa M.N. vio en sus premoniciones...

Esta vez. Barry Wade tardó en responder algo. Su sorpresa había sido demasiado grande, ante la revelación imprevisible del caballero Jason Corey, et anticuario de Chelsea, coleccionista por afición... y esposo de la mujer vidente que podía prever el porvenir de los actos de un asesino...

CAPÍTULO V

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿Decirle qué?

—Lo de su esposo, Jason Corey.

—Ese estúpido... —ella soltó unos cuantos tacos, muy propios de su condición social, y paseó por la estancia, sin importarle demasiado que su bata de seda roja se abriese por arriba y por abajo, revelando ante los ojos de su visitante tanto la redondez de sus muslos como la opulencia de sus llamativos pechos—. Ni siquiera es ya mi esposo...

—¿Qué quiere decir? El afirmó que lo era —sostuvo Wade, mirándola fijamente.

—¡Mentía como un bellaco! —Se irritó Molly Nichols, revolviéndose hacia él con ojos fulgurantes—. Fuimos marido y mujer, es cierto. Pero eso fue en mi juventud. De ello hace ya algún tiempo, ya puede comprobarlo, querido. No pude soportarlo. Sus manías, sus rutinas, su carácter metódico y minucioso... Le envié al diablo. Nos separamos. Luego, logré el divorcio. Y así están las cosas. De eso hace al menos seis o siete años.

—Entiendo —Barry paseó ahora, meditativo, mientras ella, enfurecida, fumaba un delgado cigarro, como si fuese un hombre, mirando por la ventana la lluvia que empezaba a caer sobre la capital, charolando las calles paulatinamente, bajo la luz lechosa de las farolas de gas—. El habló también de telepatía y recepción mental de imágenes anticipadas de sucesos que aún no habían ocurrido... lo cual no es exactamente telepatía, sino una forma de premonición. ¿Es cierto que usted poseía esa facultad... sólo con su ex esposo, Jason Corey?

—Sí... —ella meneó la cabeza afirmativamente—. Es cierto. ¿Por qué lo pregunta?

—Puede significar algo.

—¿Qué, exactamente?

—Para los amigos de Corey, cuando menos, podría significar que usted intuye lo que hará el Mutilador... porque éste es Jason Corey en persona.

—¿El, el asesino... mi ex marido? —Ella soltó una agria carcajada—. Por Dios, Wade, no diga tonterías. Eso no es posible que lo crea nadie. Es un imbécil, un pobre hombre sin valor ni cerebro para una cosa así...

—No se fíe demasiado de esas cosas, Molly —la avisó él—. Hay hombres que cambian radicalmente... sobre todo si sufren una enfermedad llamada paranoia.

—¿Y eso qué es? —puso ella sus brazos en jarras, ordinariamente, con lo que sus grandes senos casi emergieron por completo a través de la abertura.

—Un mal mental. Una forma de demencia peligrosa. Puede convertir a un individuo normal, e incluso a uno inofensivo y ridículo, en un peligro latente para todos. Es un desdoblamiento de la personalidad, ¿comprende? Uno se

convierte en otro hombre, radicalmente distinto. Clínicamente, resulta difícil explicarlo, pero viene a ser algo así.

—No creo que Jason padezca un mal tan raro —rezongó ella, sacudiendo la cabeza con énfasis—. Es demasiado idiota para eso.

—Aún no me ha aclarado eso de la supuesta telepatía o premonición, en contacto con la mente de su ex marido. ¿Qué clase de cosas anticipaba usted, relacionadas con él? —Bueno, eran cosas sin importancia. Un fracaso comercial, una mala venta, un fraude del que le hacían víctima... e incluso una caída o un accidente en alguna ocasión. Eso fue todo.

—¿Está segura de que fue todo?

—Sí, claro —Molly arrugó el ceño, se sentó en el borde de una mesa, junto al quinqué de globo rosado y esmerilado con florecitas. Fuera, la lluvia arreció en intensidad— ¡Eh espere! Ahora recuerdo algo...

—¿Qué es ello, Molly? —Barry se aproximó a ella, ocupándose más de mirar su rostro pensativo, iluminado por la luz del queroseno, que los muslos desnudos, visibles ahora hasta su más íntima pieza.

—Un día... recuerdo que presagié un hecho poco corriente en el Jason es vocinglero y presuntuoso, pero rara vez violento. Esa vez lo fue. Y mucho.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Un individuo trató de robarle en su tienda de Chelsea entonces empezaba a vender allí antigüedades valiosas Le atacaron con un cuchillo. Pues bien, Jason logró desarmar a su atacante... y no contento con eso le golpeó de tal modo que le causó heridas muy serias, y tuvo que ir a declarar por ellas, el ladrón resultó ser luego una mujer, y eso le complico las cosas, llegando a estar arrestado y acusado, aunque un abogado le sacó de apuros.

—¿Una mujer disfrazada de hombre? —se irguió Barry en tensión, sin quitar sus ojos del rostro de ella— ¿Y usted presagió todo eso?

—Sí, yo lo presagié con bastante semejanza a lo ocurrido Eso impresionó mucho a Jason.

—¿En qué sentido le impresionó? ¿Por su clarividencia en anticiparse a los hechos, Molly... o porque una mujer le ataco, vestida de hombre, y él la hirió seriamente?

—No sé. Supongo que por ambas cosas. Maldecía con frecuencia sobre las mujeres capaces de llegar a semejante osadía y provocar así la ruina de un hombre honrado Lo cierto es que causó heridas graves a la ladrona, de las que esta tardo en sanar.

—¿Le hizo sangre?

—Claro —Molly le miró, extrañada—. Mucha. Sobre todo, en la cabeza. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada —suspiró Barry, ceñudo. Se acercó a la ventana. Bajó la cortina bruscamente, al mirar a través del cristal mojado de lluvia, y ver en la acera opuesta a un hombre que, sólo un momento más tarde, tomaba un carruaje de alquiler y se alejaba bajo el aguacero calle abajo—. Escuche, Molly, siga jugando así, y el Mutilador terminará por encontrarla y acabar con

un testigo original y bastante ingrato para él...

—Vamos, vamos. Vivo en un barrio completamente distinto, uso otro hombre, como es el de Sarah Winters, y nadie reside en esta planta excepto yo. ¿Cree que pueden dar conmigo, a menos que le hayan seguido a usted hasta aquí, Barry?

—Hay que evitar todo posible riesgo. No me siguió nadie, ya me cuidé yo de ello. Pero no quiero que nadie la vea ni imagine dónde está.

—Está bien, no volveré a levantar esa cortina. Pero ¿qué haré cuando venga el lechero o el muchacho de la tienda de abajo a servirme los alimentos?

—Abrirle, y recoger lo que traigan. Nadie conoce su rostro, salvo su marido. Lo importante es que no sepan que usted es Molly Nichols. Pero ignoramos si el asesino conoce también su rostro.

—¿Por qué había de conocerlo? —se sobresaltó ella.

—¿Por qué usted establece contacto mental con sus actividades, antes de que ellas se lleven a cabo? Tiene que existir una razón, no sé cuál.

—¿Por qué ha de haber una razón para eso?

—Porque no es lógico que establezca contacto mental con un asesino al que ni siquiera conoce. Ha de haber un nexo, no sé cuál, Molly... Por eso la gente sospecha que su ex marido pueda ser el hombre que busca la policía...

—Es ridícula esa idea —rechazó ella—. Estoy segura de que no puede ser él.

—Quizá tenga razón. Pero entretanto los hechos siguen sin aclararse del todo. Veremos adónde nos lleva todo esto. Estoy buscando a un especialista en estas cosas, y creo que lo he encontrado. Hay un profesor en psicología que se ha dedicado últimamente a investigar fenómenos de este tipo Debo hablar con él mañana, y saber cuándo se producen, habitualmente, tales contactos a distancia. Volveré a verla cuando sepa algo más al respecto. Mientras, siga mis consejos y manténgase aquí bien oculta, sin revelar a nadie su identidad real, ¿entendido?

—Claro, mi buen amigo —sonrió ella, melosa, extendiendo sus brazos y rodeando con ellos los hombros de Barry Wade—. ¿Ya se va a marchar? ¿Así, sin ni siquiera tomar una copa conmigo, y charlar de cosas menos serias?

—Debo volver al periódico. Tengo trabajo esta noche —trato de excusarse él.

—¿Y ni siquiera puede esperar cinco minutos esa tarea Wade? —musitó ella insinuante.

—Si sólo son cinco minutos... —vaciló el joven reportero—. Tomemos esa copa...

—Antes... quiero que saborees otra cosa, querido —sonrió ella, maliciosa —. Ven aquí. Sólo un momento. No puedes negarme esto... o dejaré de colaborar contigo en todo este embrollo maldito...

Barry no pudo evitarlo. Cuando quiso darse cuenta la boca carnosa y roja

de Molly Nichols se adhería a la suya como una ventosa, succionando un beso ávido y prolongado de su propia boca. Al mismo tiempo, le atraía hacia sí enroscando sus turgentes muslos en torno a sus piernas, en una dulce presa.

Virtualmente, los pechos enhiestos y generosos de la mujer le rebosaron por encima del torso, llegando hasta su mentón.

Ella los elevó más, y Wade se vio inmerso en ellos.

En esta situación, sintiendo los gemidos roncos de la hembra y el roce acariciador de sus manos, le era difícil salir de la sedosa trampa en que su colaboradora le había metido.

Y no salió, hasta que ella hubo logrado su objetivo Si bien tampoco él tuvo que arrepentirse de ello en apariencia porque los jadeos de ambos se unieron en una perfecta sinfonía de voluptuosidad, cuando ambos cuerpos se fundieron en uno, y el joven periodista alcanzó tanto placer como pudo alcanzar su experta pareja en aquel inesperado embate amoroso.

Solamente después de que ella sonriera feliz, al sentirse en la plenitud de su goce sexual junto al joven y atractivo compañero que el destino le había proporcionado, pudo Barry Wade despedirse de Molly Nichols y regresar, bajo la lluvia, tras adoptar toda clase de precauciones posibles, a la redacción del London Mail.

Mientras rodaba un carruaje de alquiler hacia Fleet Street, el joven reflexionaba sobre otras cosas ajenas a su relación amorosa con su confidente y amiga.

Era su poder mental lo que le preocupaba. Y el hecho de que Jason Corey hubiera sido su marido. Y que una vez hubiese causado heridas sangrantes a una mujer...

¿Tenía todo eso algún significado especial, en realidad? Barry Wade no podía estar seguro de que así fuera. Simplemente, eran ideas que le torturaban. Porque estaba convencido, como le dijera a Molly, que tenía que existir una razón de tipo determinado que le hiciera ver anticipadamente aquellos crímenes. ¿Era el propio asesino el que emitía inconscientemente aquellas ondas que ella captaba? ¿Se debía tan sólo a una casualidad del propio fenómeno que siempre tuviera que anticiparse precisamente a los crímenes del Mutilador?

No había respuestas para todo eso. Barry optó por no darle más vueltas al asunto, si bien el hecho de que ella anteriormente hubiese sufrido iguales visiones con su ex esposo, no dejaba de ser inquietante.

Después de todo, Jason Corey era un coleccionista, él mismo lo había confesado así.

Pero las soluciones no eran tampoco tan sencillas de hallar como pudiera parecer a primera vista, y Barry optó por no seguir complicando el curso de sus pensamientos con tales teorías.

Cuando llegó al periódico, le esperaban varias sorpresas. Entre ellas, encontrarse a Stuart Goldberg, su director, y a Trevor Vincent en persona. Aun así, esa sorpresa no iba a ser la más desagradable de todas, aunque eso él

lo ignoraba en este momento.

—Buenas noches —saludó, colgando del perchero su prenda de abrigo, empapada de lluvia, así como su sombrero. Y eso que solo había cruzado presuroso desde el carruaje a la puerta de la redacción—, ¡Vaya nochecita!

Goldberg estaba en medio de la sala de redacción, hablando con su subordinado más directo, Harvey Greeson el redactor jefe. Algo más allá, hojeando displicente unas galeradas, daba unos cortos paseos la altiva figura del maestro de los reporteros, el inaccesible Vincent.

Barry observó todo eso de una simple ojeada, y se tropezó con los ojos astutos de Greeson. Este, inexplicablemente, desvió la mirada.

—¡Oh, buenas noches, brillante reportero! —saludó Goldberg con cierta ironía volviéndose a él—. Sí, hace una noche bastante mala, por cierto. Veo que se ha retrasado un poco en llegar...

Barry consultó su reloj de bolsillo. Asintió.

—Siete minutos, exactamente —admitió —. Lo siento, señor.

—Está bien, no tiene importancia —hizo Goldberg un gesto evasivo. Vincent seguía examinando las galeradas, como si él no existiera—. Era un simple comentario. Ya sabe que soy un enamorado de la puntualidad.

—Lamento haberme retrasado

Tuve una charla con un personaje de este drama, y me entretuve más de la cuenta.

Esta vez, Vincent sí giró levemente la cabeza y le dirigió fríamente una mirada de soslayo, continuando luego la lectura de las pruebas de imprenta. Goldberg se aproximó a Wade.

—Insisto en que no importa gran cosa —dijo— ¿Era un personaje importante, quizá?

—El más importante, por el momento, descontando al propio asesino —afirmó Barry—. Nuestra vidente

—Oh, ella... —Goldberg entornó sus ojos con aire escéptico—. Creo que la tiene usted oculta cuidadosamente, tanto a la opinión pública como a otros reporteros... e incluso a la policía.

—Cierto. Y también al asesino —dijo fríamente Wade.

—¿El asesino? —Pestañeó Goldberg—. ¿Por qué habría de querer causar daño a esa mujer portentosa? Ella no ha identificado su persona aún...

Pero puede hacerlo en cualquier momento. Y él lo sabe. Seguro que lee los periódicos y sigue el caso al detalle.

—Oh, cierto. Según usted, puede ser un caballero de la mejor sociedad londinense —sonrió con ironía Goldberg. Luego carraspeó, hizo una pausa, y cambió de tono, volviéndose jovial—, Bien, amigo mío. Yo tengo que marcharme. Hay muchas cosas que me obligan a ello. ¿Vamos, Vincent? Greeson tiene algo que decirle a usted, Wade.

Wade volvió a buscar la mirada del redactor jefe, y de nuevo éste la eludió, si bien movió afirmativamente la cabeza para convenir:

—Sí, Wade. Entre en mi despacho. Tenemos que hablar.

Trevor Vincent terminó su examen de las galeradas y las dejó con displicencia sobre una mesa de redacción, volviéndose hacia su director con afectada sonrisa.

—Sí, mi querido amigo —dijo risueño—. Vamos ya. Le presentaré a mí personaje del reportaje de mañana. Buenas noches, caballeros. Y recuerde, Greeson. Necesito la primera plana entera.

—Sí, claro, Vincent —afirmó Greeson hoscamente—. No le faltará...

Wade arrugó el ceño. Goldberg y su periodista predilecto abandonaron la redacción. Entró detrás de Greeson en su despacho.

—¿A qué se refería Vincent? —Preguntó Barry—. Creí que las confidencias de la vidente y mi entrevista con el novio de la infortunada Cynthia Nesbitt, merecían los honores de la primera plana...

—Y así hubiera sido, Wade, de no mediar órdenes superiores —suspiró Greeson con aire cansado, dejándose caer en su asiento habitual.

—¿Qué ocurre? ¿Ha conseguido algo grande Vincent para desplazar mi información?

—Psé... —Greeson se encogió de hombros—. No es eso exactamente, usted lo sabe. Es un buen reportaje, y nada más. Todos sabemos que es un excelente profesional, pero en este caso, no justifica esa primera plana. Sólo que Goldberg lo ordena... y él es el director de este periódico, a fin de cuentas.

—Entiendo —Wade endureció su mirada—; sigo siendo el novato, después de todo. Vincent no quiere verse eclipsado en su fama. —Como siempre, el redactor jefe se quedó pensativo, manoseando distraídamente unos papeles, sin mirar a Wade.

—Goldberg dijo que usted tenía que decirme algo —le recordó el joven reportero ante su silencio.

—Oh, cierto —era evidente que Greeson no había olvidado en ningún momento ese punto, pero ahora que debía abordarlo, no sabía cómo empezar —. Verá, Wade... Goldberg quiere que alguien se ocupe del asunto de Brighton.

—¿Brighton? ¿Qué ocurre en Brighton?

—Hemos recibido un telegrama de agencia, eso es todo. Un crimen pasional. Celos, dos mujeres y todo eso. Una mató a su amante. Parece que es de los casos que gustan al gran público. Necesitamos un reportero que vaya a Brighton y nos sirva un buen reportaje sobre eso.

—¿Y...?

—Y Goldberg ha pensado en usted. Quiere que vaya.

—¿Yo? —Barry enarcó las cejas—. ¡Pero si me ocupo del caso del Mutilador, y éste puede actuar en Londres en cualquier momento de nuevo, usted lo sabe! Además, me faltan dos o tres reportajes más de la serie...

—Sé todo eso. Pero cumplo órdenes, Wade. Queda relevado de ese trabajo, por el momento. Usted debe ir a Brighton.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Sale un tren de la Estación Victoria a las diez quince.

Es el último, claro. Tiene aún más de una hora de tiempo para tomarlo.

—Esto es un disparate, señor.

—Claro que lo es. Pero así es el periodismo, Wade. Hay que estar a todas, o dejarlo.

—¿También a las zancadillas?

—Eso forma parte de la profesión. Le guste o no, las cosas son así. Puede hacer dos cosas, claro está: tomar ese tren e ir a Brighton... o pedir la baja del Mail. Estoy seguro de que ahora no encontraría dificultades en meterse en otro periódico, después de su popularidad en el asunto del Mutilador.

—Yo no soy de esa clase, y usted lo sabe. Lord Durham logró emplearme aquí, y le seré fiel, a pesar de Goldberg de Vincent, señor. Mi periódico es el Mail, por encima de todo —se puso bruscamente en pie, con gesto ceñudo—. Iré a Brighton.

—Sabía que lo haría —resopló Greeson. Estrujó con ira un puñado de papeles—. ¡Y maldita sea, que me hubiera gustado que dijera que no y enviase al diablo a esos dos tipos! Pero por otro lado, me gusta que sepa encajar los golpes. Es una gran condición para llegar arriba, muchacho. Bien, aquí tiene dinero para el viaje y los gastos. No se olvide de presentar luego la cuenta de todo. Buen viaje. En su mesa tiene el telegrama y unos datos sobre el caso de Brighton. Vuelva mañana, si puede, con el trabajo hecho. Si hay mucho interés en el asunto, hágalo al otro día. Adiós, Wade.

—Adiós, señor. —Barry salió del despacho, con gesto iracundo, pero dominándose muy bien.

Llegó a su mesa y recogió todo, encaminándose a la salida. Si continuaba la lluvia, era posible que le costara tomar un carruaje, y la Estación Victoria quedaba lejos de allí. Por fortuna, no fue así. Llovía, pero había carruajes en la parada de punto. Tomó uno, y se encaminó a tomar aquel maldito tren que le alejaba de Londres... y de Molly Nichols, sus premoniciones... y el Mutilador.

Llegó a la Estación Victoria cuando todavía faltaban veinte minutos para salir con dirección a Brighton el último tren de la noche. Entró en el café de la estación a tomar algo caliente. El viaje no se presentaba demasiado alentador, y menos aún el cariz, pasional de aquel estúpido crimen que quizá a nadie interesaba,

Le estaban alejando intencionadamente de Londres. Era una sucia maniobra de Trevor Vincent, celoso de su éxito, bien apoyada por la amistad de Stuart Goldberg. Ni siquiera le quedaba el consuelo de informar de ello a lord Durham.

Después de todo, Goldberg era el director del periódico, y lord Durham no podía inmiscuirse en su labor, conforme prescribía la ética más elemental.

Miró al exterior, a través de los vidrios del local. No había mucha gente en la estación a aquellas horas. Sólo a él se le podía ocurrir tomar aquel tren nocturno a Brighton, en el que posiblemente viajaría casi solo. Pero cierto que eso no" iba a ser por su gusto.

Pagó su consumición, y abandonó el local, encaminándose al andén donde se hallaba ya parado el convoy que había de conducirle a la ciudad de Brighton. Fuera de la estación, la lluvia volvía a arreciar.

Un carruaje se detuvo a la entrada de la estación, entre tantos otros. Wade no le prestó atención. De él bajó un muchacho, que comenzó a vocear por los andenes, con voz aguda y potente:

—¡Señor Wade! ¡Señor Wade! ¡Señor Barry Wade...!

Sorprendido, se volvió. Dio unos pasos hacia el mozo.

—Soy yo —dijo—. ¿A qué viene esto?

—Señor Wade, vengo desde el London Mail —Sonrió el muchacho, mirándole con su rostro pícaro—. El señor Greeson me dijo que le entregara esto. Me pagó el carruaje y una buena propina por traérselo. Tenía que llegar antes de las diez quince...

—¿Qué es? —lo recogió, perplejo aún. Era un sobre cerrado, con su nombre escrito en él.

—Un mensaje. Llegó al Mail cuando usted ya se había ido. El que lo entregó, dijo que era urgente. Muy urgente, señor. Si no quiere nada más...

—No, nada más —suspiró Wade tendiéndole un chelín—. Gracias, muchacho.

—Gracias a usted —y corrió hacia la salida, alegremente.

El joven reportero examinó aquel sobre. En un ángulo, ciertamente, se había escrito en tinta roja:

«Entregar al destinatario personalmente. Es muy urgente.»

Barry Wade rasgó el sobre, mientras giraba sus talones, regresando hacia el tren que estaba a punto de salir. No conocía aquella letra, pero pronto supo quién lo enviaba:

«Barry —leyó—. He tenido una doble y espantosa visión. Una te afecta a ti directamente. Te veía entre una niebla, blanca, que se enroscaba en tus pies. Había una arcada cerca, entre unos edificios. Sonaba algo agudo, no sé lo que es Y de repente, una sombra caía sobre ti... y te enviaba a un lugar oscuro, más allá de la niebla... Me asustó mucho. Esa sombra parecía la de un hombre como el asesino... Había gente a un lado. Recuerdo... recuerdo la cara de un niño pecoso, mirándote.

»La otra visión es aún más extraña, pero tú no estás en ella. Veo una bella figura de mujer, una melena roja... Luego, empieza a saltar sangre. Hay música, mucha luz... Y la cabeza del pelo rojo rueda por el suelo, y todo se tiñe de color sangre...

»He creído que debo informarte de todo esto. Todo sucedía de noche, y llovía mucho, como esta noche. ¿Puede ser hoy? Estoy muy asustada. Tal vez tú sepas qué hacer. Pero cuídate mucho. Recuerda que esta vez... también apareces tú en mis visiones. Y peligras... Creo que la muerte te acecha. Te quiero: Molly.»

Molly Nichols. Otra vez sus premoniciones. Wade se enjugó el sudor con un pañuelo, totalmente absorto en el contenido de aquel mensaje inquietante. Se olvidó de sí mismo. Tal vez la imaginación o los temores de Molly iban demasiado lejos. Pero aquella cabeza roja, aquellas luces y música... ¿qué significaban?

Miró en torno. Había más gente ahora. Viajeros que iban a tomar ese tren, después de todo. No viajaría tan solo como había pensado. Dudó aún. ¿Debía de ir a Brighton, o seguir su corazonada, atender el mensaje de ella y volverse sobre sus pasos, quedándose en Londres, a riesgo de perder su empleo?

Sonó el agudo silbato del tren. Casi despertó de un sueño. No se había dado cuenta, y era la hora de la partida. El convoy arrancaba ya.

Echó a correr hacia el mismo. Debía de ser disciplinado, pensó. Aunque arriesgara mucho en ello. Como decía Greeson, encajando golpes adversos, se forja un periodista.

Corrió, porque ya el tren aceleraba. La locomotora despedía nubes de vapor blanco entre sus ruedas y bielas, invadiendo el andén. Wade se metió entre ese vapor con fuerte olor a carbonilla. El tren silbó de nuevo, agudamente. Un grupo de gente se apartó a su paso. Un niño se volvió a mirarle, curioso, cogido de la mano de sus padres...

Un niño pecoso, de ojos azules. Wade sufrió un escalofrío. Miró a sus pies. El vapor blanco era como niebla entre sus piernas, enroscándose a ellas. Y el silbato del tren era agudo... ¡Y a la Estación Victoria se entraba por una arcada entre unos edificios !

Fue una visión fugaz. Creyó estar presenciando la premonición misma de Molly. Giró la cabeza. Una sombra brotó de la niebla, abalanzándose sobre él. Vio el tren, las ruedas... y supo que iban a tirarle debajo de los vagones, a las vías.

Recibió un fuerte golpe en pleno rostro, descargado con algo contundente, quizá un bastón. Aturdido, rodó hacia la vía. Alguien gritó.

Pero en un esfuerzo supremo, Wade se aferró a un vagón, osciló, a punto de ser engullido por el convoy en marcha, bajo las ruedas. Con todas sus energías puestas en el empeño, se lanzó en dirección contraria, luchando con su aturdimiento.

Supo que rodaba sobre el andén, lejos de las mortíferas ruedas. Y el tren de Brighton, se perdía ya en la noche, bajo la lluvia, sin llevarle a él en sus vagones.

CAPÍTULO VI

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, gracias —se incorporó, eludiendo las preguntas alarmantes de algunos testigos del hecho, y comprobó por sus rostros que nadie sospechaba nada extraño. El vapor de la máquina había disimulado los auténticos hechos. Para todos, él se había caído, en su empeño por alcanzar el tren.

Salió de los grupos que trataban de ayudarle, limpiándose de polvo sus ropas, y buscó con la mirada, en torno suyo. No descubrió cerca de él a nadie sospechoso.

Pero no se conformó con eso. Se alejó del lugar del incidente, y lo escudriñó todo, atento. Sus ojos se detuvieron en la salida de la estación, justamente en el arco de la entrada a la Estación Victoria. Allí, bajo la lluvia, había un fiacre negro parado.

Un hombre vestido de oscuro, con bastón negro, estaba subiendo al mismo. Wade observó que llevaba sombrero negro, y parecía tener cabellos blancos. No le dio tiempo a comprobarlo. El individuo entró rápido en el carruaje, y éste partió velozmente bajo el aguacero. En esta ocasión, el hombre viajaba dentro, y llevaba cochero.

Maldijo Wade entre dientes, totalmente olvidado ya de Brighton y del estúpido caso de la mujer asesina por celos, para echar a correr desesperadamente hacia la salida. Cuando llegó, el fiacre negro doblaba ya por Arlington. Por fortuna, había una hilera de coches de punto esperando viajero. Subió a uno de ellos e indicó con celeridad:

—¡Pronto, siga a aquel fiacre negro y no lo pierda de vista! ¡Es muy importante!

El cochero conocía su oficio. Azuzó a sus caballos, y partió veloz sobre el empedrado, tras el vehículo indicado por su viajero. La persecución de su agresor en la Estación Victoria, había comenzado.

Barry miraba impaciente por la ventanilla, mientras las farolas de gas se deslizaban a ambos lados, y la cortina de lluvia difuminaba en parte el negro perfil del siniestro coche perseguido.

Una vez más, pensó, Molly había acertado. Ella vio, antes de suceder, todo lo que iba a tener lugar en la estación. Su aviso fue quizá providencial. Sin él, era posible que el criminal hubiera tenido éxito, lanzándole bajo el tren.

¿Cómo sabía su agresor que él estaba esa noche en la estación para tomar el tren de Brighton? ¿Le había seguido? Y si no era así... ¿es que tenía acceso a la información del Mail de alguna forma? ¿Seria, después de todo, como se dijera medio en broma en una reciente ocasión, un policía... o un periodista?

—Si al menos fuese Trevor Vincent... —rió duramente entre dientes—. Sería una forma de vengarme de él, cuando pudiera echarle el guante encima. Y Dios quiera que sea esta misma noche...

Su cochero, ciertamente, no fallaba en la misión. Habían llegado a la altura

de Castle Lane, tras la iglesia de su esquina, y el fiacre continuaba allí, delante de ellos, a una distancia sostenida y prudencial, lo suficiente para no notarse demasiado la persecución... y también para no perderlo de vista bruscamente.

De pronto, el cochero frenó bruscamente, y Wade asomó, alarmado, temiendo que hubieran perdido el ansiado rastro, en el callejeo de aquella zona bastante tortuosa, donde era fácil desorientarse,

—¿Qué ocurre? —jadeó—. ¿Lo perdimos?

—Ni soñarlo, señor —rió el cochero—. Yo no cometo esos errores. Usted me dijo que lo siguiera, y así lo hice. Pero se ha parado ese fiacre, señor.

—¿Parado? ¿Dónde? —se alarmó Wade, mirando.

Era cierto. Lo vio allí, bajo una serie de luces. Unas eran de farolas de alumbrado callejero. Otras de lámparas de gas situadas en la fachada de un pequeño teatrillo de variedades escondido en un ángulo de la calle. No parecía un lugar de muy buena condición, pero había docenas de teatrillos así en Londres.

En las carteleras, se anunciaban atracciones, música y canciones frívolas. El carruaje estaba detenido justamente ante sus puertas.

Y el hombre de ropa oscura y bastón, entraba en ese momento por las mismas, para desaparecer dentro del teatro.

Wade pagó rápidamente la carrera, dando las gracias al cochero por su pericia, y se precipitó a la taquilla del local.

Por fortuna, había localidades. Tomó una al azar, y entró sin pérdida de tiempo.

Tras el portero, una joven de prominentes pechos, escote profundo y sonrisa pícara, recogía unas prendas oscuras, colgándolas de una percha del guardarropa. Wade contempló fijamente el negro bastón que, sin duda, le había golpeado.

Tenía empuñadura de plata. Como el de Jason Corey, el ex marido de Molly, el anticuario de Chelsea. Claro que la cabeza era diferente. Y había miles de bastones con puño de plata en toda Inglaterra. Eso no quería decir nada.

Wade entregó sus propias prendas a la joven. Para asombro de ésta, puso en sus manos un billete de diez guineas. Le miró, estupefacta por tan generosa propina,

—No tengo cambio, señor —arguyó.

—Es para usted —sonrió Wade—. Dígame, preciosa, ¿quién es el caballero que acaba de entregarle sus prendas antes que yo? Esa información vale las diez guineas.

—Oh, ¿el caballero que le precedió? —Ella sonrió, mirándole ingenua—. Es un buen cliente de este local...

—Sí, sí, pero ¿sabe su nombre?

—Pues sí, señor. Lo sé, porque el cochero que le trae, le ha llamado a veces por su nombre, o me ha preguntado si ya había salido, cuando terminaba la función algunas noches, y cosas por el estilo.

El cochero... pensó Wade. Podía ser importante. Pero al diablo con él. Ahora tenía cerca de sus manos una presa mayor. Y ésa era la que importaba. La chica le dijo el nombre en ese momento:

—Él es sir Harry Slatery...

—¿Sir Harry Slatery? —vaciló Wade, desorientado. Ese nombre no le decía nada—. ¿Seguro?

—Del todo, señor —ella sonreía ampliamente—. También me da propinas generosas... aunque no tanto como la suya.

—Pues gánesela del todo. ¿Cuál es su aspecto físico? Quiero decir... su rostro. Tengo curiosidad por saberlo.

—Bueno, es un hombre de edad madura, cabellos blancos, largas patillas y bigote con guías, blanco también. Lleva monóculo y es muy elegante. Habla con voz algo ronca, muy cortésmente.

Wade no dijo más. Entró en el local, en pos del misterioso sir Harry que mencionara la joven. Podría ser todo lo elegante y cortés que se quisiera, pero era un asesino. Posiblemente era el propio Mutilador.

La sala no era muy amplia ni muy selecta. Y menos para personas como el tal sir Harry. Pero a la gente de la buena sociedad inglesa le gustaba con locura meterse de noche en tales sitios. La platea era alargada y angosta, había palcos laterales en el altillo, con cortinajes rojos, un escenario pequeño, alumbrado por candilejas de gas, con unos decorados ingenuos, y una plataforma inferior con cuatro o seis músicos.

La gente reía, aplaudía o coreaba alegremente las canciones. Se podía fumar, y una neblina azulada lo invadía todo, semejante a una bruma. En escena, una mujer rubia, demasiado gruesa, exhibía sus encantos generosos, causando las delicias del público. Terminaba en ese momento su número, mal cantado y peor bailado, y un coro interminable de silbidos y gritos se unió a los aplausos. Luego, le sucedieron en escena tres chicas más esbeltas y bien formadas, que comenzaron un baile acrobático con gracia y armonía. La gente aplaudió, más respetuosa.

Pero Wade no se preocupaba gran cosa del espectáculo. Eso era lo de menos para él. Lo que le intrigaba y preocupaba era localizar en la sala a sir Harry. Y le localizó.

Ocupaba un palco de la planta alta, no lejos del escenario. La atisbo desde la sala, oculto tras una columna, entre las últimas filas. Luego, se sentó, justo tras esa columna, bajando la cabeza para no ser advertido fácilmente.

La chica del guardarropa había tenido razón. Era un hombre de edad madura, tal vez sesentón, con pelo muy blanco, así como nevadas patillas frondosas, bigote austero, digno de un militar colonial, y monóculo en su ojo derecho. Vestía una elegante levita negra, corbata oscura de plastrón, sin alfileres, y camisa de seda blanca. Estaba con sus manos apoyadas sobre el terciopelo grana del antepecho del palco, y Wade observó que las llevaba enguantadas de negro.

¿Era aquel hombre el Mutilador?

Tenía que serlo. Estaba seguro de que no se equivocaba.

Estaba el bastón, con el que había sido golpeado con el propósito de lanzarlo bajo el tren, estaba el fiacre negro...

¿Qué había ido a hacer allí, apaciblemente, tras intentar un asesinato a sangre fría? ¿Por qué trató de matarle a él? Eran preguntas sin respuesta. Barry se sentía confuso y preocupado. Demasiado, para preocuparse de lo que sucedía en el escenario. Vagamente, observó que las bailarinas acrobáticas terminaban su número, y la música iniciaba unos compases, como en espera de la aparición de otra nueva intérprete. Wade elevó los ojos al palco, siempre pendiente de su hombre.

Sufrió un sobresalto. ¡El palco estaba vacío!

Se incorporó vivamente. No podía permitir que ahora se le evadiese el pájaro de entre las manos. Le había visto allí sólo unos momentos antes, la mirada fija en el escenario. Ahora, de pronto, no estaba.

Tal vez le había descubierto entre el público, y se había retirado, para huir de él. Era una explicación plausible, al menos para él.

Ni siquiera se preocupó de la que ahora actuaba en el escenario. El show le tenía perfectamente sin cuidado Quien contaba era sir Harry Slatery, el misterioso caballero de los cabellos blancos.

Se encaminó al fondo de la sala. Encontró una escalerilla entre cortinajes rojos, y subió con rapidez los escalones hasta hallar un corredor con puerta a un lado. Eran los palcos. Un hombre uniformado se interpuso en su camino, enérgico, reteniéndole.

—Lo siento señor —dijo—. Si no tiene localidad de palco, no puede usted...

—Tome, amigo. —Wade puso en su mano tres guineas, y el hombre disimuló—. Busco el palco de sir Harry Slatery.

—¿Sir Harry? Es aquél, al fondo del corredor. La última puerta antes de llegar a la entrada al escenario... Pero si es amigo suyo, no necesita usted...

Wade le dejó atrás sin responderle. Alcanzó la puerta número uno. Algo más allá, se veía otra puerta, en el muro del fondo, con la indicación de su utilidad concreta.

En el escenario, se oía una voz bien timbrada, joven y melodiosa, cantando algo realmente divertido y picaresco, que la gente acogía con risas y aplausos. Tal vez el espectáculo fuese ahora realmente bueno, pero eso a él no le preocupaba lo más mínimo.

Se armó de valor. Era preciso afrontar la situación directamente. Iría prevenido para cualquier cosa.

Abrió la puerta bruscamente, y penetró a través de una cortina escarlata, totalmente en guardia, sus músculos en tensión.

No había nadie. El palco estaba vacío.

Wade encajó las mandíbulas. No es que sir Harry se hubiera Situado al fondo del palee, sino que sencillamente, se había ausentado. Justo lo que él temía.

Pero sus ojos centellearon, cuando descubrió lo que había sobre la butaca del supuesto aristócrata. Avanzó rápido, lanzando un gruñido ronco.

Eran unas patillas, un bigote y una peluca de cabellos blancos. También había un monóculo. Todo provisto de una goma interior fácilmente adhesible en el acto.

¡La apariencia física de sir Harry Slatery era una pura mentira, una simple caracterización! Sólo Dios sabía cuál sería el verdadero rostro y edad del misterioso personaje... También estaba en un rincón el bastón de puño de plata.

Los ojos de Wade, frenéticos, recorrieron la sala, por si le veía intentando ausentarse. Claro que sin ese cabello, postizos y bastón, sería difícil identificarle ahora. Pensó en bajar y dirigirse al fiacre, por si lo usaba para su fuga.

En el escenario, terminaba la actuación de la cantante, en medio de un verdadero estallido de aprobación popular. Barry dirigió una ojeada distraída a la escena, cuando ya la cantante se retiraba.

Era una hermosa joven, de piel blanca, lechosa, bellísimos senos, que emergían casi totalmente del encierro de terciopelo de un vestido verde brillante, en especial vistos desde aquella altura, cintura breve y amplias caderas. Una hendidura lateral de su vestido, revelaba las piernas esculturales, enfundadas en fina malla, hasta los bien formados y largos muslos. Tenía una radiante melena roja.

Desaparecía ya entre bastidores, saludada por el público, mientras los músicos hacían sonar unos acordes. Las luces de las candilejas hacían centellear la pedrería de su vestido verde y el color claro de sus ojos grandes.

De repente, Wade se quedó helado.

Palabras confusas acudieron a su memoria como trallazos cegadores: «Una bella figura de mujer... una melena roja... Luego, empieza a saltar la sangre. Hay música, mucha luz... Y la cabeza del pelo rojo rueda por el suelo, y todo se tiñe de color sangre...»

¡La segunda visión de Molly Nichols!

Lanzó una sorda imprecación entre dientes, y corrió ahora, lívido, fuera del palco de sir Harry Slatery. Alcanzó la puerta del escenario, la abrió de un empellón, y apartó violentamente a un empleado que pretendía cortarle el paso.

Simultáneamente a su entrada, un horrible, largo alarido, sonó en alguna parte, dentro del escenario, pero fuera del decorado y las luces. Era un grito de mujer, cuajado de horror y agonía.

—¡Pronto! —Rugió, descompuesto, aferrando a un tramoyista—. ¡El camerino de esa mujer pelirroja! ¿Dónde está? ¡Es muy importante, hable!

—¿El camerino de Sharon Baker? —tartajeó el otro, asustado.

Señaló a espaldas de Wade—. Por allí, señor... Barry se volvió, echando a correr hacia una angosta escalera que iba a dar a un corredor en el que se veían varias puertas cerradas. La primera de ella, con una estrella dorada

adherida a la madera, anunciaba el nombre de Sharon Baker. Wade probó la puerta.

El pomo giró pero no cedió. La puerta estaba cerrada.

Con otra maldición, Wade cargó con su hombro contra la madera. Abajo, en el escenario, varios curiosos le miraban, alarmados. Un policeman uniformado, macizo y pelirrojo, emergió del otro lado del escenario.

—¡Pronto, agente! —gritó Barry al verle—. ¡Venga, me temo que han asesinado a esta muchacha! ¡Soy periodista, y persigo a un peligroso asesino!

El policía se sobresaltó y, aunque sin mucha convicción todavía, aceleró algo su pesada marcha, para reunirse con él.

Wade ya había logrado reventar madera y cerradura, penetrando como un alud en el camerino de Sharon Baker. Con los ojos desorbitados, comprobó que había llegado tarde. Resopló, pegando sus espaldas a la destrozada puerta, y jadeó roncamente:

—Tarde, agente... Demasiado tarde ya... Pobre muchacha...

El policía acababa de llegar junto a él, resoplando Su mirada reveló horror. No era para menos.

En medio del camerino, yacía la hermosa pelirroja del vestido verde, sobre un espantoso charco de sangre. Se sabía que era ella por su piel de alabastro, su vestido verde y su hermosa figura. Lo demás, faltaba de la escena del crimen

Le habían cortado la cabeza. Y ésta no aparecía por parte alguna.

CAPÍTULO VII

La indecisión de Barry Wade duró solamente unos instantes. Luego, descubrió la ventana abierta, más allá de la hilera de vestidos que colgaban de un largo perchero. La señaló, excitado, saltando por encima del cadáver y la sangre.

—¡Por allí, agente! ¡Es el camino que ha seguido el asesino!

—Es una ventana muy estrecha —rezongó el policía—. No creo que yo quepa por ahí... Y usted no debe ir. No es un agente de la autoridad. Ni siquiera sé aún quién es... ni lo que ha pasado aquí.

—Se lo contaré más tarde, agente —bramó Wade, empezando a pasar por aquella ventana—. Usted vaya a la calle, Lo antes posible. Detenga al cochero de un fiacre negro, si sigue parado ahí enfrente. Es el que condujo aquí al asesino.

—¡Espere! ¡No vaya! —le apremió el policeman.

Wade no le hizo caso. Estaba ya fuera del camerino, en una azotea, bajo la lluvia. Delante de él, se alzaban muros de ladrillos oscuros, vallas y tejados. Las chimeneas, se recortaban contra el cielo cárdeno de la noche.

No descubrió a nadie en derredor, pero vio brillar algo, y se inclinó. Le fue difícil dominar un escalofrío. Un arma de ancha hoja brillaba en el suelo. Era un hacha no muy grande, pero terriblemente afilada, totalmente bañada en sangre. El asesino debió llevarla bajo sus ropas. Y le bastó un golpe de aquel filo atroz, para segar por completo la cabeza de la infortunada cantante del teatrillo. Ahora, era evidente que llevaba consigo el horrible trofeo de su nuevo crimen: la pelirroja cabeza de Sharon Baker.

No había duda: sir Harry Slatery, era el Mutilador. Pero ¿quién era sir Harry realmente? ¿Qué persona se ocultaba bajo aquellos postizos? ¿Cuál era su verdadero rostro?

Siguió avanzando, pero en vano. La pista del asesino se perdía en la oscuridad, en la lluvia, en la noche, en los tejados de Londres, sin remisión. No le fue posible dar con él ni con su rastro. Seguía siendo el más listo y más rápido de ambos.

Encontró una vía de descenso a la calle, a través de una azotea cercana y una valla de ladrillos. Saltó al empedrado y corrió a dar la vuelta a la manzana, para salir a la fachada principal del teatro.

Había ya varios policeman allí reunidos, y sonaban silbatos en las cercanías. Pero Wade sabía que todo eso sería ya inútil.

Nadie encontraría al asesino a estas alturas. Ni siquiera sabían a quién perseguían. Y él no podía ayudarles demasiado.

Sus ojos brillaron, al descubrir al policía pelirrojo y a otro agente, flanqueando a un hombre alto, flaco, con bigotes lacios y oscuros, vestido de negro, con el uniforme de los cocheros. Estaba muy pálido. Y a su lado, había un fiacre negro.

Barry Wade se reunió inmediatamente con ellos. El policía pelirrojo le miró con cierto alivio. Su acompañante era un sargento de policías.

—Este es el hombre que dijo ser periodista, señor —informó el pelirrojo a su superior.

—¿Ah, sí? —El sargento miró ceñudo a Wade—. ¿Quién es usted exactamente?

—Barry Wade, del London. Mail —se presentó el reportero.

—¿Usted es Barry Wade, el hombre de las crónicas sobre el Mutilador? —pestañeó el sargento, asombrado.

—El mismo. He intentado cazar al asesino, pero fue imposible —alzó el arma ensangrentada, que envolviera bajo su levita.

Los policías la miraron, fascinados—. Encontré solamente esto. Es evidente que se trata del arma del crimen.

—Sin duda —asintió el sargento de policía—. Está muy afilada...

—Mucho. Bien, sargento, ¿qué ha confesado ese hombre? —Señaló al cochero—. ¿Es el que conducía el fiacre negro?

—Sí. No ha dicho gran cosa, señor Wade.

—Él fue quien trajo aquí a sir Harry Slatery. Tengo motivos para suponer que éste es el asesino.

—No ha negado que sea el cochero de ese tal sir Harry Slatery.

Pero dice que trabaja para él solamente desde esta mañana, en que aceptó el empleo, a través de un anuncio en el Times.

Cobró un mes anticipado, y obedeció sus órdenes. Dice que le condujo esta noche desde su domicilio a la Estación Victoria, y luego a este teatro. Recibió orden de esperarle, y esperó. Eso es todo.

—Puede ser verdad o no —meditó Wade, mirando al asustado cochero—. ¿Van a interrogarle más a fondo?

—Claro. Le llevaremos a Scotland Yard ahora.

—Yo les juro que es la verdad —musitó el cochero, angustiosamente—. ¡Tienen que creerme! ¡Yo no he hecho nada malo! Y mi patrón parecía todo un caballero. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué aceptaría yo este trabajo?

—Si todo ocurrió como dice, no tiene nada que temer. —Wade arrugó el ceño—. Ha mencionado usted algo, sin embargo, que puede ser muy importante para todos.

—¿Yo, señor? —tartajeó el cochero.

—Sí: el domicilio de su patrón. ¿De veras sabe dónde vive sir Harry Slatery?

—Por supuesto, señor. Sir Harry vive en Mayfair, en Berkeley Street, junto a la plaza del mismo nombre... En el número treinta y dos, para ser exactos.

—¿Oyeron eso? —Los ojos de Barry Wade brillaron—. Berkeley Street, treinta y dos. ¿Van a ir ustedes a comprobarlo?

—Desde luego —asintió el sargento—. Un agente irá a informar al inspector Colman, que es quien se encarga del caso. Yo tomaré a cuatro agentes e iré allá. ¿Viene usted con nosotros, señor Wade?

—Cielos, claro que voy —asintió Barry con énfasis—. No me perdería eso por nada del mundo... aunque me temo que no saquemos mucho en limpio.

Subieron a un carruaje de la policía, partiendo velozmente hacia Mayfair. Cosa de quince minutos más tarde, los policías saltaban del coche, rodeando la casa número treinta y dos de Berkeley Street. El sargento miró a Wade.

—Yo llamaré —dijo—. ¿Me acompaña? Si usted puede identificarle...

—No creo que pueda. Si hay alguien ahí, no será el hombre de pelo blanco que entró en el teatro. Ya sabe que llevaba postizos encima.

El sargento asintió. Luego, golpeó reciamente la puerta, exclamando en voz alta y firme:

—¡En nombre de la ley, abra la puerta! ¡Abra, o la echaré abajo!

Barry Wade esperó junto a él, seguro de que aquella puerta jamás se abriría. Era una casa señorial, pero sin duda alquilada por un falso sir Harry, para adoptar su ficticia personalidad.

El sargento iba a llamar de nuevo cuando, para asombro del reportero y del propio policía, una luz brilló tras las vidrieras laterales de la puerta, y unos pasos se aproximaron. La oscura madera se abrió, y apareció en el umbral un caballero con un quinqué en su mano, mirando asombrado a los policías que se agrupaban ante la casa, y al propio Wade.

—¿Se puede saber qué quiere en mi casa a estas horas de la noche, sargento? —preguntó desabrido al hombre de uniforme.

Este vaciló primero. Luego, llevó su mano al casco, cortésmente, e informó:

—Lo lamento, señor. Buscamos a un tal sir Harry Slatery, acusado de asesinato.

—¿Cómo dice? —Bramó el hombre, vacilando el quinqué en su mano—. ¿Asesinato? ¡Yo soy sir Harry Slatery, y eso es el disparate más grande que oí jamás!

Barry Wade se quedó mirando con estupor a aquel hombre maduro, de cabellos grises y expresión normalmente apacible, aunque ahora se mostrara indignado, y aún no había salido de su sobresalto, cuando otro vino a darle el golpe de gracia.

—¡Barry Wade! —Exclamó una voz, detrás de sir Harry—. ¿Qué diablos hace usted aquí, muchacho, a estas horas y con la policía, llamando en casa de mi amigo sir Harry?

Y el rostro severo de lord Durham, propietario del London Mail y protector suyo inicial, emergió increíblemente por detrás del que decía ser dueño de la casa.

* * *

—Cielos, Barry... —Vanessa Lovera soltó la carcajada, tras devolver el periódico en su edición extra, a manos del joven periodista—. La historia es fascinante toda ella. Pero el final es de auténtica farsa. ¡Imagino la cara de

lord Durham cuando te vio allí, con la policía!

Barry torció el gesto, apartando el periódico donde en enormes titulares se anunciaban las grandes noticias del día:

REPORTERO A PUNTO DE SER ASESINADO EN LA ESTACIÓN VICTORIA
DESPUÉS, BARRY WADE ES TESTIGO DIRECTO DE OTRO ASESINATO ESPANTOSO

—¿Quién podía figurarse que lord Durham, precisamente él, estaría allí esa noche... y en compañía de sir Harry Slatery? Fue lo más increíble que pudo sucederme.

—Y, naturalmente, sir Harry nada tenía que ver con el otro sir Harry del teatro de variedades...

—Claro que no. Sir Harry Slatery existe, y es un caballero prestigioso en la alta sociedad londinense. El otro, tomó su nombre e identidad muchas veces, pero en esta ocasión llegó al cinismo de contratar a un cochero dando la dirección real del verdadero sir Harry.

—¿Y cómo no descubrió el cochero el fraude, si fue a recogerle allí?

—Muy simple. Cuando el cochero llegó, el fingía salir, esperando junto a la puerta de la casa, con la mano en el pomo de la misma.

—¿Y la entrevista previa para contratarle? ¿Dónde se celebró?

—En ninguna parte. Todo fue hecho en forma postal, a través del anuncio del Times. El cochero respondió al anuncio, y recibió un contrato y una paga mensual anticipada. Ante eso, nadie puede sospechar nada raro. El fiacre le fue enviado al domicilio del nuevo cochero, y él se presentó a la hora prevista a recoger a su señor. Eso fue todo.

—Es endiabladamente astuto —comentó la joven escritora, mordiéndose el labio inferior, con gesto pensativo—. Te burló totalmente en el teatro. Pero ¿por qué crees que intentó matarte en la Estación Victoria?

—No lo sé. Sólo se me ocurre que quizá esté cerca de una solución, de una pista, o él crea que lo estoy y quiera deshacerse de mí. No se me ocurre otra cosa, la verdad.

—Barry, ¿y por qué sabía que tú ibas a estar en la Estación Victoria?

—Tampoco lo sé. Caben dos soluciones. Que me siguieran... o que supiera dónde iba a estar yo a esa hora.

—Pero eso sólo podían saberlo en tu periódico...

—En efecto —afirmó sombríamente Wade—. Ya pensé en eso, Vanessa.

—En fin, lo cierto es que esa vidente ha demostrado con creces su valía. Y que tú has dado el gran impacto con tu nuevo reportaje. No se habla de otra cosa en todo Londres, te lo aseguro.

—Eso me salva del despido fulminante —rió sordamente Barry, encogiéndose de hombros—. Goldberg no me perdona que perdiera el tren de Brighton. Pero Greeson está radiante, lord Durham ha exigido que yo siga en

Londres, ocupándome de escribir sobre el Mutilador... Por cierto que creo que su rapapolvo a Vincent y a Goldberg ha sido épico. Es posible según se rumorea, que el Consejo de Administración se reúna esta semana, y dé el cese a Stuart Goldberg. Ese sería el golpe de gracia para Vincent, que tendría que buscarse otro periódico, o sentirse en la humillante condición de verme por encima de él. De momento, esto ya es algo», ¿no? Y sonrió ampliamente, mostrando el pequeño pero confortable despacho que le habían asignado en el Mail a partir de ese día, separado ya del resto de los redactores del diario. Ahora, él era Barry Wade, reportero especializado en sucesos El héroe periodístico del día, según la opinión pública. Pero él sabía que sin Molly Nichols, nada de esto hubiera sido posible en absoluto. Sus confidencias, sus extrañas visiones premonitorias, eran la clave de su éxito profesional Se preguntó qué sería de él en otros asuntos donde no contara con su inapreciable ayuda.

—Te felicito, Wade —sonrió ella—. Sinceramente, no esperaba tanto. Has llegado en pocos días mucho más lejos de todo lo imaginable. Pero todo lo mereces. No solo porque seas un buen periodista, sino porque no te preocupa correr incluso graves peligros para conseguirlo.

—Te aseguro que no los busco. Ellos vienen a mí. Tendré que irme habituando.

—Bien, querido Barry, ya incluso me ganas a mí en popularidad. Cuando yo publique mi libro, estoy segura de que no podré competir contigo. Me limitaré a relatar en un volumen lo que tú has relatado día a día, con palpitante actualidad Y con la gran ventaja de que tú lo has vivido personalmente todo, mientras que yo sólo podré reproducir lo que tú, como testigo de excepción, me cuentes.

—Aun así, sabes que harás otro gran libro, como siempre. —Barry miró con fijeza a la bella muchacha—. ¿Qué tal si ahora, para celebrar todo esto, vamos al bar de enfrente y tomamos algo?

—Es una gran idea —aprobó ella, entusiasmada.

—Tenemos que irnos habituando a convivir mutuamente —dijo Barry echando a andar tras ella, camino de la salida de la redacción.

—¡Barry! ¿Qué es eso? ¿Una insinuación o una declaración formal?

—De momento, ni una cosa ni otra —rió él—. Sólo recordarte que si quieres escribir ese libro, tendrás que irte acostumbrando a tener conmigo largas reuniones.

—Oh, me habías llegado a asustar. Si es sólo eso... —y ella también rió, mientras cruzaban la calle bajo un cielo nuboso y triste.

Se acomodaron en el local de enfrente, y pidieron algo de beber. Tras unos momentos pensativa, Vanessa pareció deseosa de saber algo:

—Barry, ¿estuvieron juntos toda la noche sir Harry y lord Durham?

—Sabía que terminarías preguntándome eso —suspiró Wade, risueño—. Sí, yo también lo he pensado, Vanessa. Y, ciertamente, la respuesta no ha sido concluyente ni mucho menos.

—Eso quiere decir que alguien no tiene coartada para anoche.

—Ninguno de los dos —confirmó Barry—. Sir Harry dijo que llevaba allí toda la noche, leyendo en su biblioteca. Pero su mayordomo se retiró a dormir sobre las nueve, porque él mismo se lo ordenó, y nadie puede corroborarlo. En cuanto a lord Durham... acababa de llegar a visitarle. Nos refirió que había estado en un teatro del centro, viendo una representación de Romeo y Julieta, pero la policía no ha podido encontrar a nadie que recuerde de esa precisa noche a lord Durham. Claro que es muy conocido, le ven a menudo y es fácil confundirse, pero...

—¿Esa investigación la efectuaste tú?

—No. El inspector Colman. Él tampoco se fía ya de nadie.

—Sí, eso es lo que me imaginaba. De modo que sir Harry podría ser realmente el falso sir Harry...

—Y lord Durham también. Pero eso no significa nada. Nadie se preocupa nunca de procurarse una coartada, por lo que pueda ocurrir.

—Sí, muy cierto —convino Vanessa pensativa.

—Ahora, olvidemos todo eso y bebamos —alzó su copa Barry—. Por nosotros.

—Por nosotros, Barry —respondió ella—. Especialmente, porque siga tu carrera triunfal, Barry. De veras te lo deseo.

Bebieron, mirándose risueñamente a los ojos. Wade supo que le gustaba estar al lado de Vanessa Lovern. Era algo muy diferente a estar junto a mujeres como Molly Nichols, por ejemplo. Molly era la carne, el sexo, la voluptuosidad.

Vanessa era más, mucho más. Era la mujer dulce, atractiva, joven, inteligente y audaz. Una nueva especie de mujer, capaz de triunfar en todo. Y capaz de gustar a todo el mundo.

Volvieron al periódico. Esta vez, Lorne Prentiss salía del diario, cuando les detuvo. Entregó a Vanessa una serie de hojas impresas.

—Toma, éstas son las galeradas que hemos preparado para hablar de tu último libro —le dijo—. Iba a dártelas anoche, pero ya te habías ido cuando las recogí y pregunté a Greeson. Para ti, Barry, acaba de llegar esto. Parece urgente...

Wade sintió un nudo en la garganta y un escalofrío. Vanessa recogió indiferente sus galeradas, y miró con curiosidad la misiva que Barry acababa de recoger, para terminar fijando en éste sus ojos intrigados.

—¿Ocurre algo? —indagó—. Te has puesto pálido...

—Es posible —agitó el sobre cerrado—. Es una carta. De la vidente...

—¿Otra vez Molly Nichols? —se intrigó ella—. ¿Qué puede suceder ahora?

—No lo sé. Lo veremos enseguida —jadeó Wade, nervioso—. Pero no puede ser nada bueno, o no hubiera enviado este mensaje urgente. ¿Quién lo trajo, Lorne?

—Un recadero que se fue inmediatamente. No hace ni tres minutos, Barry.

Wade se apartó de ellos. Rasgó el sobre. Extrajo el escrito de su interior. Lo leyó con rapidez. En esta ocasión, no todo eran premoniciones. Pero también las había. E inquietantes.

> «Barry:
>
> »Es importantísimo que vengas. He leído los diarios. Es espantoso. Sé ahora que no me equivoco nunca. Estuve reflexionando sobre lo que me preguntaste. Creo que tengo la respuesta. Ahora sé por qué veo al asesino en mis visiones anticipadas. Hay una razón de sangre, de parentesco directo. No puedo decirte más aquí, por si alguien llegara a leerlo. Ven enseguida.
>
> »Además... tuve otra visión. Muy breve. Y yo... yo misma aparecía en ella. Veía ante mí al asesino. Reía, mirándome odiosamente. Y su arma caía sobre mí, y me invadía la sangre...
>
> »No tardes. Estoy asustada.
>
> »Molly.»

Barry guardó el escrito en su bolsillo. Con rapidez, llamó a un carruaje. Sabía que estaba pálido. Y sabía que estaba temblando. Algo le decía que esta vez era cuestión de minutos. Que estaba muy cerca de la solución. Una solución que Molly Nichols tenía en su privilegiada mente...

—Barry, ¿adónde vas? —musitó Vanessa preocupada.

—A ver a mí confidente. Parece que hay algo decisivo. Y grave.

—¿Podría... acompañarte? —preguntó ella, con repentina audacia.

—¿Tú? —Wade vaciló, mirándola—. Es muy peligroso. Y sabrías, además, quién es ella, dónde se oculta, cuál es su nombre actual...

—Barry yo juro solemnemente no revelar a nadie, jamás, ese detalle.' Sé lo que significaría para ella y para todos. Recuerda que yo también escribo. Y que estoy a tu lado, no con Vincent... o con el Mutilador.

—Claro. Perdona. Si hemos de empezar a colaborar es mejor que empieces ahora mismo. Vamos, enseguida. No hay tiempo que perder. Por el camino te explicare lo que sucede.

Subieron al carruaje. Barry prometió una fuerte propina, si iba con la máxima rapidez a cierto punto, y si comprobaba de paso, que absolutamente nadie podía seguirles.

El cochero cumplió su tarea honestamente. El coche alcanzó la máxima velocidad posible, a través de Londres, y repetidas veces les informó su conductor de que ni un vehículo ni persona alguna les seguía. Y parecía seguro de lo que

Decía más aliviado, Barry refirió a la joven escritora los detalles de la misiva de Molly Nichols. Vanessa escuchó con profunda atención. Luego, miró al exterior y comprobó, asimismo, que no había carruaje alguno tras el de ellos.

—No hay nada que temer —señaló—. El asesino no puede dar con ella.

—Pero esa premonición... La sangre suya, el arma, el rostro del criminal... Me inquieta mucho, Vanessa. Ella nunca se equivocó hasta ahora...

—Sí lo sé. Sin embargo, recuerda que solo ve cosas que aún tienen que suceder. Alguna vez se podrá evitar que eso suceda...

—Dios quiera que sea ahora.

Siguieron en silencio su carrera. Finalmente, el carruaje se detuvo ante una casa determinada. Barry saltó fuera, ayudando a Vanessa a bajar, aunque ella, con gran agilidad, no precisaba de tal ayuda. Juntos, cruzaron la acera, hacia la puerta de la casa. Wade tenía una llave. La introdujo, abriendo, y explicó a Vanessa, que le miraba con cierta malicia:

—No pienses mal. Es para evitar que abra la puerta a nadie. Ella sabe que yo puedo entrar por mis medios, y eso impide que corra más riesgos inútiles.

—Entiendo —asintió su joven compañera burlonamente.

Entraron en el edificio, subiendo a la planta que ocupaba en solitario Molly Nichols. Allí, Wade utilizó otra llave para entrar en el piso. Ella no acudió a recibirle.

—¡Molly! —llamó—. Soy yo, Wade. No tienes que ocultarte. Vengo acompañado, pero es una persona de toda confianza, nada hay que temer.

El silencio acogió sus palabras. Avanzó decidido, tras hacer un gesto cauto a Vanessa.

—No te muevas —susurró—. Es raro. Debería salir ya... ¡Molly! ¡Molly, responde!

Pero no respondió. Su compañera parecía cada vez más preocupada. Wade avanzó decidido hacia un corredor. Alzó una cortina. Se movió unos pasos en la quietud del piso. Fuera, en la calle, comenzaban a caer leves sombras vespertinas.

—Molly... —susurró de nuevo, roncamente.

Y esta vez, de súbito, algo estalló sobre su cabeza, fulminándole en medio de un violento estallido de luces cegadoras. Borrosamente, mientras caía, y las sombras se hacían tinieblas densas ante sus ojos y en su mente, escuchó un agudo grito de terror en labios femeninos.

Luego, nada. Una especie de sorda, diabólica risa cerca de él, como un sarcástico sonido de muerte... y todo fue silencio y oscuridad para Barry Wade.

EPILOGO

Ahí había terminado virtualmente la historia.

Luego el despertar amargo, en solitario. Despertar entre sombras, ratas y agua sucia, en un sótano lóbrego, hasta donde llegaba el sonido de los remolcadores y barcazas de río señalando su proximidad. Paredes húmedas, rezumando agua, prueba evidente de que se hallaban junto al Támesis.

Y ligaduras en sus manos y pies. La impotencia absoluta, en poder del Mutilador, del diabólico coleccionista de macabras piezas humanas.

¿Qué había sido de ellas dos, de Vanessa y de Molly? ¿Quién estaba en la casa cuando ellos entraron y le abatió certeramente, dejando indefensas a las mujeres?

¿Quién era, en suma, el asesino diabólico?

Preguntas sin respuesta que ahora, de repente, iban a tener su respuesta final antes de morir. Porque sabía que estaba prisionero del coleccionista de horrores. Y éste le mataría, después de presentarse ante él, con su verdadero rostro, sin postizos ni afeites...

Eso, justamente, es lo que acababa de ocurrir cuando los lejanos recuerdos se borraron de la mente de Barry, y este volvió a la dura y amarga realidad.

Cuando vio ante sí el rostro insospechado del Mutilador, en suma...

Y aquél era el Mutilador. Aquel rostro del coleccionista de piezas humanas, arrancadas a sus víctimas con siniestra frialdad.

Barry contempló largamente el rostro. A sus labios asomó un susurro ronco, incrédulo todavía, aunque la tremenda verdad había llegado a abrirse ya paso en su mente desde poco antes.

—Dios mío... Tú... Debí sospecharlo...

Una risa dulce, fría, acogió sus palabras. Su mortal enemigo alzó la luz y le contempló largamente. Su voz, ronca ahora, resultaba irreconocible.

—Yo, sí. Bien, Barry Wade. Te engañé totalmente. Nunca sospechaste de mí, ¿verdad?

—No, nunca... hasta el final.

—¿Qué final? ¿Ahora?

—No. Un poco antes... Súbitamente, creí captar... dos errores en ti. Dos errores casi seguidos. Significativos los dos... Pero ¿qué importa ya eso? Tú has ganado. Imagino que debo prepararme a morir.

—No hay otro remedio. Se trata de tu vida o la mía. No puedo elegir.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué todo este horror?

—Es una larga historia. Hay quién dice que mis padres fueron anormales y yo heredé sus taras. Eso no es cierto. Mienten. No hay locura en mí. Sólo astucia, inteligencia... y falta de piedad.

—Pero ¿por qué?

—Siempre me gustó coleccionar cosas, objetos... Tú nunca estuviste en mi casa. Era muy arriesgado llevarte allí. Hubieras visto mi afición al

coleccionismo. Por eso renuncié a ello.

—Tengo piezas de todo género, mil objetos en vitrinas... Incluso me gusta coleccionar crímenes. Pero no sólo los que cometen otros... sino los míos. Crímenes, sí. Es una afición nueva y fascinante. Pero necesita recuerdos, algo que sea más que una noticia o un recorte de periódico, Barry Wade. Por ejemplo... miembros humanos.

—Miembros humanos... ¡Qué horrible idea! —No tanto. Es una serie más. Como otra cualquiera. Un museo original y magnífico. Algo macabro, sí. Pero ¿no lo es la Cámara de los Horrores del Museo de Cera, querido amigo?

—Sólo que mis piezas no son cera, sino carne humana bien embalsamada... Tengo mis trofeos arriba, en lugar seguro, en esta casa del río, ignorada por todos...

—Y ahora unirás un trofeo más a tu colección.

—No. Dos.

—¿Dos? —Se estremeció Wade, angustiado—. Mío... ¿y de quién más?

—¿No te lo imaginas? De otra persona... a quien tengo ahí cautiva —y señaló hacia una puerta cercana, que Barry no había podido ver, sumida en las sombras—. Podrás ver a esa persona ahora... y despedirte de ella para siempre.

—Seré el primer varón de tu colección maldita, ¿no?

—El primero—rió—. Prefería mujeres, pero...

—¿Por qué mujeres?

—No sé. Quizá por odio, por viejos rencores...

—Rencores, odio... ¿a quién?

—A mi hermana, Barry Wade.

—De modo que es eso. Tienes una hermana...

—Es ella. Por eso... por eso lo veía todo anticipadamente Por eso... su mente establecía relación con la tuya, y los hechos se anticipaban en su cerebro especialmente dotado. Una mezcla de telepatía familiar... y de premonición. Ahora tiene sentido esa frase de la última misiva: «Es cuestión de la sangre.» La misma sangre. La de una hermana... Y esa hermana es... Molly Nichols.

—En efecto —abrió la puerta con gesto dramático y apareció, a la luz de su candelabro, la figura de Molly, prisionera en una angosta celda, mirando con terror y sobresalto hacia su verdugo implacable. Entonces vio también a Wade.

—Barry... —sollozó—. Ahora entiendes todo, ¿verdad?

—Sí, Molly. Ahora lo entiendo todo —miró fijamente al Mutilador—. Ella es tu hermana, Molly. VANESSA LOVERN, LA ESCRITORA FAMOSA DE LIBROS CRIMINALISTAS... ES TU HERMANA...

—Sí, soy su hermana —afirmó Vanessa fríamente, con su rostro convertido en una máscara cruel, en medio de sus ropas de hombre y su peluca varonil—. Ella me reconoció cuando llegué contigo. Por eso, al verme por la ventana, no abrió la puerta. Había recordado que yo aún existía, y que

podía ser esa causa genética o de consanguinidad que la hacía establecer contacto con mis crímenes. En realidad, mi nombre auténtico es Vanessa Nichols...

—Y yo, estúpidamente lleve al monstruo a la propia casa donde ocultaba su presunta víctima, estúpido de mí. Sólo mas tarde empecé a sospechar...

—¿Por qué, Barry? —Quiso saber Vanesa—. ¿Cuáles fueron esos errores?

—Sólo dos. Y continuados, Cuando Lorne Prentiss te dio las galeradas, mencionó que te las había querido entregar la noche antes, pero tú te habías ido ya, según le dijo Greeson. De modo que estuviste en la redacción y sabías que yo iba a la Estación Victoria. En tu papel de sir Harry, una perfecta caracterización para una mujer, fuiste allá a matarme porque temías que llegase al fondo del asunto.

—¿Y el segundo error?

—Aparte de no decir que habías estado allí, cometiste el otro cuando viste la carta y preguntaste si era de Molly Nichols, cuando yo NUNCA DIJE SU NOMBRE a nadie. Y la policía jamás lo reveló, porque ni siquiera lo recordaba bien. De modo que ése fue tu gran error. Tú querías matar a tu hermana, porque sus dotes extrasensoriales te podían hacer mucho daño. Pero también, según dices, por odio...

—Siempre me odió —jadeó Molly—. Y todo porque creía que mis padres me quisieron más a mí que a ella. Eran ideas absurdas de su cerebro enfermo, Barry. Es hombruna, no le gustan los hombres, está llena de complejos... y a la vez desea y odia a las mujeres... ¡Es una lesbiana loca!

—¡Mientes! —rugió ella, lívida, con ojos inyectados en sangre. Extrajo de sus ropas un afilado cuchillo, y fue hacia su hermana, a quien brutalmente le clavó el arma en el hombro. Molly exhaló un grito agudo. Se cubrió de sangre —. ¡Te voy a despedazar, pero lentamente, maldita hermana zorra! Y se dispuso a clavar de nuevo el acero en los senos de su hermana. En ese momento, la helada voz sonó en las escaleras:

—Un movimiento más, Vanessa Lovern, y tendremos que matarla...

Vanessa exhaló un alarido. Trató de clavar su arma de nuevo en Molly. Tronaron varios revólveres. Cayó con el cráneo perforado, muerta a pies de su víctima...

Barry Wade, incrédulo, vio bajar al inspector Colman y a los policías con armas en sus manos. El hombre de Scotland Yard se detuvo ante él, sonrió duramente y le señaló:

—Maldita sea, casi le perdemos, cuando les seguíamos camino del escondite de esa vidente. Luego, nos dedicamos a seguir a Vanessa Lovern, cuando les cargó en un vehículo y les trajo aquí, llegada la noche. Hemos logrado entrar en su casa y llegar aquí muy a tiempo... De modo que era ella, ¿eh?

—Sí, inspector —resopló Barry, aliviado—. Gracias por tan providencial llegada. Ella es una mujer frustrada, demente...

—Lo supongo, sí —miró a Molly Nichols—. ¿Se encuentra bien?

—Es sólo una herida superficial —susurró Molly—. Pero se cumplió mi presagio también esta vez. Barry, no soy tan mayor como parezco... Siempre me pinto para parecerlo... porque si encontraba alguna vez a Vanessa, no quería que me identificase fácilmente... Cuando me veas sin pintura... verás que es cierto lo que te digo. Siempre tuve que huir de ella, pero nunca la relacioné con el Mutilador, hasta que tú hablaste de un motivo concreto para establecer contacto mental con el asesino... Ya ves: ella era una lesbiana homicida y amargada... y yo soy una mujer demasiado liviana con los hombres...

—Bendita liviandad —suspiró Barry, ya sueltas sus ligaduras, yendo junto a ella—. Ahora, no te fatigues. Pronto vendrá un médico y te atenderá debidamente...

Se arrodilló junto a ella, la acogió en sus brazos... y Molly Nichols, la mujer vidente, que ahora sin pintura, con la palidez del miedo y el dolor en su rostro, parecía infinitamente más joven y menos cínica, se aferró a él, estallando en sollozos.

Sollozos que aumentaron cuando él la besó tiernamente. Pero esta vez, lloraba de felicidad.

FIN